

Haruki Murakami

SUEÑO



Ilustraciones:
Kat Menschik

Traducción:
Lourdes Porta

LIBROS DEL  ZORRO ROJO

Acerca del Autor



Haruki Murakami nació en Kioto, Japón en 1949.

Haruki Murakami (Kioto, 12 de enero de 1949) es un escritor y traductor japonés que escribe novelas y relatos. A pesar de nacer en Kioto, vivió la mayor parte de su juventud en Kōbe. Su padre era hijo de un sacerdote budista. Su madre, hija de un comerciante de Osaka. Ambos enseñaban literatura japonesa.

Estudió literatura y teatro griegos en la Universidad de Waseda (Soudai), en donde conoció a su esposa, Yoko. Su primer trabajo fue en una tienda de discos (tal como uno de sus personajes principales, Toru Watanabe de *Tokio blues*). Antes de terminar sus estudios, Murakami abrió el bar de jazz "Peter cat" ('El gato Pedro') en Tokio, que funcionó entre 1974 y 1982. En 1986, con el enorme éxito de su novela *Tokio blues*, abandonó Japón para vivir en Europa y América, pero regresó a Japón en 1995 tras el terremoto de Kobe, donde pasó su infancia, y el ataque de gas sarín que la secta Aum Shinrikyo ('La Verdad Suprema') perpetró en el metro de Tokio. Más tarde Murakami escribiría sobre ambos sucesos.

La ficción de Murakami, que a menudo es tachada de literatura pop por las autoridades literarias japonesas, es humorística y surreal, y al mismo tiempo refleja la soledad y el ansia de amor en un modo que conmueve a lectores tanto orientales como occidentales. Dibuja un mundo de oscilaciones permanentes, entre lo real y lo onírico, entre el gozo y la obscuridad, que ha seducido a Occidente. Cabe destacar la influencia de los autores que ha traducido, como

Raymond Carver, F. Scott Fitzgerald o John Irving, a los que considera sus maestros.

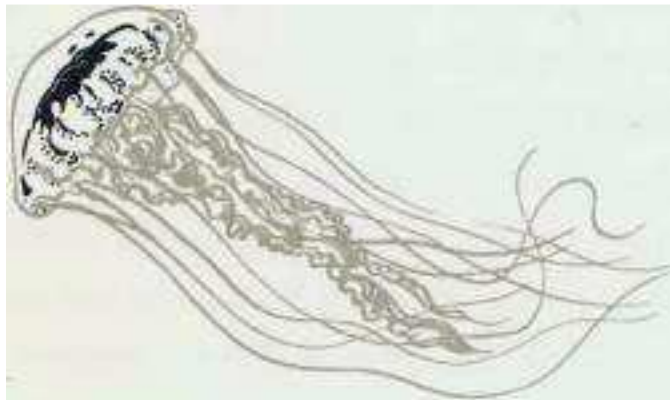
Ha recibido numerosos premios, entre ellos el Noma, el Tanizaki, el Yomiuri, el Frank O'Connor, el Franz Kafka o el Jerusalem Prize, así como el Arcebispo Juan de San Clemente, concedido por estudiantes gallegos. Ha sido distinguido con la Orden de las Artes y las Letras por el Gobierno español, y ha recibido recientemente el XXIII Premi Internacional de Catalunya 2011, que otorga la Generalitat de Catalunya.

Tusquets Editores ha publicado ocho novelas de este autor: *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*, 2001 (Nejimaki-dori kuronikuru, 1995); *Sputnik, mi amor*, 2002 (Supūtoniku no koibito, 1999); *Al sur de la frontera, al oeste del Sol*, 2003 (Kokkyō no minami, taiyō no nishi, 1992); *Tokio blues* (Norwegian Wood), 2005 (Noruwei no mori, 1987); *Kafka en la orilla*, 2006 (Umibe no Kafuka, 2002); *After dark*, 2009 (Afutā Dāku, 2004); *El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas*, 2009 (Sekai no owari to hādoboirudo wandārando, 1985); *1Q84 (Libros 1 y 2)*, 2011 –y su continuación *1Q84 (Libro 3)*, 2011– (1Q84, 2009), así como el volumen de relatos *Sauce ciego, mujer dormida*, 2009 y el libro *De qué hablo cuando hablo de correr*, 2010 (Hashiru koto ni tsuite kataru toki ni boku no kataru koto, 2007), uno de sus textos más personales. Anagrama ha traducido su obra *La caza del carnero salvaje*, 1992 (Hitsuji o meguru bōken, 1982).

Haruki Murakami

Sueño

Ilustraciones: Kat Menschik



Resumen

Su vida gira alrededor de la rutina: el cuidado de su casa, de su marido y de su hijo. Una noche, tal como ya le había ocurrido en sus años universitarios, es incapaz de dormir. Hoy, ya lleva diecisiete días sin dormir. En la oscuridad de su casa, ha comenzado a disfrutar de una segunda vida: redescubre la literatura, consigue huir de la cotidianidad y descubre la alegría de vivir. Pero poco a poco su sensación del tiempo se desvanece y la liberación se torna en una desconexión con la realidad y un deterioro de su consciencia que nadie parece percibir.

1

Hace ya diecisiete días que no puedo dormir.

No hablo de insomnio. El insomnio lo conozco un poco. Una vez, cuando estudiaba en la universidad, sufrí algo parecido. Hago notar que se trataba de «algo parecido» porque no tengo la certeza de que los síntomas coincidan con lo que la gente suele entender por insomnio. Supongo que, si hubiera ido al hospital, al menos habría averiguado si se trataba o no de insomnio. Pero no fui. Porque me daba la impresión de que no serviría de nada. No es que tuviera algún fundamento especial para creerlo. Me lo decía simplemente la intuición. Que sería inútil. De modo que no visité a ningún médico y se lo oculté todo el tiempo a mi familia y a mis amigos. Porque sabía que, si se lo decía a alguien, me aconsejaría, sin duda, acudir al hospital.

Aquel «algo parecido al insomnio» duró cerca de un mes. A lo largo de todo ese mes, ni una sola vez me visitó el sueño propiamente dicho. Llegaba la noche, me acostaba, me decía: «¡Ahora, a dormir!». Y, en ese preciso instante, como si se tratara de un reflejo condicionado, se me iba el sueño. Por más que intentase dormir, no lo conseguía. Cuanto más firme era mi voluntad, más me desvelaba. Probé con el alcohol y con los somníferos, pero no surtieron ningún efecto.

Cuando se acercaba el amanecer, al fin me adormecía. Pero aquello no era un sueño auténtico. Sentía que rozaba con la

punta de los dedos el borde del sueño. Mi conciencia estaba despierta. Me adormilaba un poco. Pero en la habitación contigua, al otro lado de una fina pared, mi conciencia permanecía viva, alerta, vigilándome. Mientras mi cuerpo vagaba titubeante por la penumbra, no dejaba de sentir, allí, justo al lado, el aliento y la mirada de mi propia mente. Yo era el cuerpo que va a sucumbir a la modorra y, al mismo tiempo, la conciencia dispuesta a permanecer despierta.

Esa modorra se prolongaba a lo largo de todo el día. Mi cabeza estaba siempre embotada. Era incapaz de calibrar la distancia, la masa y la textura exacta de las cosas. El sopor me asaltaba a intervalos fijos, como a oleadas. Me adormecía sin remedio en el asiento del tren, en el pupitre del aula, durante la cena. Mi conciencia abandonaba súbitamente mi cuerpo. El mundo se tambaleaba en silencio. Los objetos se me resbalaban de las manos. El lápiz, el bolso, el tenedor caían al suelo con ruido. En ese instante hubiese querido sepultar la cara entre las manos y abandonarme al sueño. Pero era inútil. La vigilia siempre permanecía a mi lado. No dejaba de percibir su fría sombra. Era mi propia sombra. «Qué extraño», pensaba yo, sumida en la modorra. «Estoy dentro de mi propia sombra.» Caminaba adormilada, comía adormilada, conversaba adormilada. Lo raro era que quienes me rodeaban no parecieran darse cuenta del estado crítico en el que me hallaba. Durante aquel mes adelgacé seis kilos. Sin embargo, ningún familiar, ningún amigo, nadie lo notó. Nadie notó que yo vivía siempre dormida.

Sí, vivía literalmente dormida. Mi cuerpo había perdido la sensibilidad, como el cadáver de un ahogado. Todo era sordo, opaco, romo. Sentía mi propia existencia en el mundo como

una fantasía incierta. Me parecía que, a la primera ráfaga de viento, mi cuerpo sería barrido al fin del mundo. A una tierra que jamás había visto, de la que jamás había oído hablar, que se hallaba en los confines del universo. Y que mi cuerpo quedaría separado de mi conciencia para siempre. Por eso quería aferrarme estrechamente a algo. Pero, por más que miraba a mi alrededor, no descubría nada a lo que pudiera asirme.

Con la noche llegaba una vigilia implacable. Yo nada podía contra ella. Una fuerza titánica me había sujetado firmemente al corazón de la vigilia. Esa fuerza era tan potente que lo único que yo podía hacer era quedarme quieta, despierta, hasta que llegara la mañana. Permanecía con los ojos abiertos en la oscuridad de la noche. Ni siquiera podía pensar en nada. Oía cómo el reloj iba marcando las horas mientras miraba fijamente cómo las tinieblas de la noche avanzaban y cómo, después, retrocedían.

Pero un día aquello terminó. Acabó del todo, de forma inesperada, sin un presagio, sin ningún factor externo. Mientras desayunaba, el sueño me asaltó de repente: fue como si perdiera el sentido. Me levanté sin decir nada. Tengo la impresión de que algo se me cayó al suelo. De que alguien me habló. Pero no recuerdo nada. Me dirigí tambaleante a mi habitación, me acosté sin desvestirme siquiera, me quedé dormida. Dormí profundamente durante veintisiete horas. Mi madre, preocupada, me sacudió por los hombros repetidas veces. Me palmeó las mejillas. Pero yo no me desperté. Ni siquiera me moví durante veintisiete horas. Y, cuando al fin abrí los ojos, volví a ser yo misma. Quizá.

¿Por qué me asaltó el insomnio? ¿Y por qué razón desapareció de repente? No lo sé. Fue como si unos densos nubarrones negros se acercaran de lejos arrastrados por el viento. Nubes repletas de negros presagios que yo desconocía. ¿De dónde procedían? ¿Adónde se fueron? Eso nadie lo sabe. Pero el hecho es que vinieron, se posaron sobre mi cabeza y después se marcharon.

Sin embargo, cuando ahora digo que no puedo dormir, me refiero a algo completamente distinto. Distinto de principio a fin. Simplemente no puedo dormir. Ni siquiera me entra sopor. Pero aparte del hecho de que soy incapaz de conciliar el sueño, mi estado físico es excelente. No estoy adormilada, mi mente se mantiene muy clara. Incluso diría que más despejada que de costumbre. Tampoco mi cuerpo muestra anormalidad alguna. Tengo apetito. No siento cansancio. Hablando desde un punto de vista práctico, no tengo ningún problema. Simplemente no puedo dormir.

Ni mi marido ni mi hijo se han dado cuenta de que soy incapaz de conciliar el sueño. Tampoco les he dicho nada. Porque, si lo hiciera, me aconsejarían que fuera al hospital. Y yo lo tengo muy claro. Que no serviría de nada. Por eso callo. Igual que antes, cuando padecía insomnio. Lo sé, sin más. Sé que es algo que yo debo resolver por mí misma.

Así que ellos no saben nada. Superficialmente, mi vida discurre sin cambios, como siempre. De una forma muy apacible, muy regular. Por las mañanas, después de despedir a mi marido y a mi hijo, me voy al supermercado en coche, como siempre. Mi marido es odontólogo y tiene el consultorio a unos diez minutos en coche del edificio donde vivimos. El consultorio lo lleva a medias con un antiguo compañero de la Facultad de Odontología. De esa forma pueden costearse entre los dos un protésico dental y una chica en recepción. Si uno tiene todas las horas de visita dadas, el otro puede hacerse cargo del paciente. Tanto mi marido como su colega son muy competentes y, pese a no tener influencias, han logrado hacerse con una buena clientela apenas cinco años después de abrir el consultorio. El trabajo, en todo caso, les sobra.

—La verdad es que querría tomármelo con más calma. Pero, bueno, no puedo quejarme —dice mi marido.

—Es cierto —le digo yo.

No, no puede quejarse. Sobre eso no cabe la menor duda. Para abrir el consultorio tuvimos que pedirle prestada al banco una suma mayor de lo que al principio habíamos previsto. Un consultorio de odontología requiere una enorme inversión en equipo. Y la competencia es feroz. No puedes contar con que los pacientes vayan a precipitarse a tu consulta el día después de abrirla. Hay montones de clínicas dentales que quiebran por falta de pacientes.



Cuando abrimos el consultorio todavía éramos jóvenes, y pobres, y nuestro hijo acababa de nacer. Nadie podía saber si lograríamos sobrevivir en este mundo. Pero cinco años después, a pesar de todo, hemos sobrevivido. No, no nos podemos quejar. Aún nos quedan casi dos terceras partes del préstamo por devolver.

—No sé... Supongo que tienes toda esa clientela por lo guapo que eres —le digo. Es la broma de siempre. Comento esto porque no es nada guapo. De hecho, mi marido tiene una cara extraña. Aún ahora lo pienso a veces. «¿Por qué me habré casado con un hombre que tiene una cara tan rara habiendo tenido novios más guapos?»

¿Y por qué es extraña su cara? Soy incapaz de expresarlo bien con palabras. No es guapo, claro está. Lo que no quiere decir que sea feo. Tampoco es que tenga una cara interesante. A decir verdad, lo único que puede decirse de su cara es que es «extraña». O quizá sería más exacto calificarla de «indefinible». Pero no es solo eso. La clave reside en qué es lo que hace que sea difícil de definir. Si lo captara, creo que lograría entender, de un modo global, en qué consiste esa «extrañeza». Pero todavía no he podido descubrirlo. Una vez tuve la necesidad de dibujar su rostro. Pero no lo conseguí. Cuando me encontré, lápiz en mano, frente al papel, no logré recordar en absoluto qué cara tenía mi marido. Eso me sorprendió un poco. Tanto tiempo viviendo con él y ni siquiera podía recordar su cara. Al verla, la reconocía, claro está. Me la representaba mentalmente. Pero, llegado el momento de dibujarla, descubrí que no me acordaba de ella en absoluto. Me quedé tan perpleja como si acabara de chocar contra un

muro invisible. Lo único que lograba recordar era que su cara era extraña.

Ese hecho a veces me produce inquietud.

Sin embargo, mi marido resulta simpático a casi todo el mundo, lo que, no hace falta aclararlo, es fundamental en una profesión como la suya. Aunque no hubiera sido dentista, creo que habría triunfado en la mayoría de los trabajos. Por lo general, con solo verlo y hablar con él, la gente se siente segura. Hasta que conocí a mi marido, jamás había encontrado a nadie parecido. A todas mis amigas les cae bien. A mí también me gusta, claro está. Incluso lo amo. Pero, en rigor, no me cae especialmente bien.

En fin, sea como sea, sabe sonreír de una manera muy espontánea, como un niño. Por lo general, los hombres adultos son incapaces de sonreír así. Además, aunque quizá sea algo natural en un dentista, tiene una dentadura fantástica.

—Qué culpa tengo yo de ser tan guapo —dice mi marido sonriendo. Lo repite siempre. Es una pequeña broma que solo entendemos nosotros dos. Pero esa broma nos sirve para constatar un hecho real. El hecho de que hemos logrado, de un modo u otro, sobrevivir. Ese rito, para nosotros, tiene una gran importancia.

A las ocho y cuarto de la mañana, sube al Nissan Bluebird y sale del garaje. Nuestro hijo va sentado a su lado. La escuela del niño está de camino al consultorio. Yo le digo: «Ten cuidado». Y él me dice: «Tranquila». Siempre repetimos ese guión. Pero yo no puedo evitar pronunciar las palabras: «Ten cuidado». Y él no puede evitar responder: «Tranquila». Introduce en el estéreo del coche una cinta de Haydn o de Mozart y, mientras tararea la melodía, pone el motor en marcha. Y los dos se van agitando la mano. Es chocante lo mucho que se parecen sus maneras de agitar la mano. Los dos inclinan en el mismo ángulo la cabeza, vuelven hacia mí las palmas de sus manos de idéntica forma y efectúan pequeñas oscilaciones de izquierda a derecha. Como si siguieran una coreografía perfecta.

Yo dispongo de un Honda Civic de segunda mano para mi uso personal. Me lo cedió una amiga hace dos años prácticamente gratis. Tiene el parachoques abollado y es un modelo antiguo. Incluso tiene alguna que otra mancha de óxido. Llevará recorridos ya unos ciento cincuenta mil kilómetros. En ocasiones —una o dos veces al mes—, le cuesta lo suyo ponerse en marcha. Por más que gire la llave de contacto, el motor no arranca. Pero no es tan grave como para llevarlo al mecánico. Dejándolo unos diez minutos tranquilo, se enciende con un agradable ronroneo. «¡Qué le vamos a hacer!», me digo. «Cualquiera puede encontrarse mal una o dos veces al mes. Las cosas no siempre salen a pedir de boca. Así es la vida.» Mi marido lo llama «tu burro». Pero, diga lo que diga, es mi coche.

Voy en mi Civic a comprar al supermercado. Después de la compra hago la limpieza y la colada. Preparo la comida. Por

las mañanas intento moverme lo más rápidamente posible. Incluso trato de adelantar los preparativos de la cena. Así puedo disponer de toda la tarde libre.

Mi marido viene a almorzar pasadas las doce. No le gusta comer fuera. «Está todo lleno, la comida es mala, la ropa se te impregna de olor a tabaco», dice. A pesar del tiempo que tarda en ir y volver, prefiere comer en casa. De todos modos, no cocino ningún plato elaborado. Si hay sobras del día anterior, las caliento en el microondas; si no las hay, sirvo unos fideos y listo. Así que la preparación de la comida, en sí misma, no me supone un gran esfuerzo. Además, no hace falta aclararlo, es mucho más divertido comer con mi marido que hacerlo sola y en silencio.

Tiempo atrás, recién abierto el consultorio, a primera hora de la tarde apenas había pacientes y, después de almorzar, solíamos irnos a la cama. Eran unas relaciones sexuales fantásticas. A nuestro alrededor reinaba el silencio y la suave luz de la tarde inundaba la habitación. Éramos entonces mucho más jóvenes y más felices que ahora.



También ahora soy feliz, por supuesto. Sobre mi hogar no se cierne ninguna sombra. Quiero a mi marido, confío en él. Eso es lo que siento. Y creo que a él le sucede lo mismo. Pero, aunque sea algo inevitable, con el paso del tiempo nuestras vidas han ido cambiando. Y él ahora tiene todas las tardes ocupadas. En cuanto acaba de comer, se lava los dientes en el lavabo, sube al coche y regresa enseguida al consultorio. Allí lo aguardan miles de dientes enfermos. Claro que, tal como nos recordamos siempre el uno al otro, no se puede pedir todo.

Cuando mi marido ha regresado al consultorio, busco el traje de baño y la toalla y me voy en coche al gimnasio del barrio. Allí nado una media hora. Con bastante intensidad. No es que nadar me apasione. Nado simplemente porque no quiero engordar. A mí siempre me ha gustado mi figura. A decir verdad, nunca me ha gustado mi cara. No está mal. Pero nunca he logrado que me guste. Sin embargo, mi cuerpo sí. Me gusta pararme desnuda frente al espejo. Me gusta contemplar allí sus contornos suaves, su armónica vitalidad. Puedo percibir cómo en su interior late algo muy importante para mí. No sé qué es, pero no quiero perderlo.

Voy a cumplir treinta años. Algo que comprendes al llegar a esta edad es que, a los treinta, no se acaba el mundo.

A mí, cumplir años no me produce ningún placer, pero también hay cosas que resultan más fáciles con los años. Es una cuestión de enfoque. Pero hay algo cierto. Y es que, después de cumplir los treinta, si una mujer ama su cuerpo y desea seriamente mantenerse en forma, deberá esforzarse de una manera u otra. Yo esto lo he aprendido de mi madre. Ella,

antes, era una mujer esbelta y hermosa. Por desgracia, ya no lo es. Y yo no quiero que a mí me suceda lo mismo que a mi madre.

Después de nadar, empleo el resto de la tarde de diferentes formas, según los días. A veces, salgo a la calle que pasa por delante de la estación y doy un paseo mientras miro escaparates. Otras, vuelvo a casa, me siento en el sofá y leo o escucho música, o echo una cabezada. Poco después, el niño regresa del colegio. Lo cambio de ropa y le doy la merienda. Cuando termina de merendar, sale a jugar con sus amigos. Como solo está en segundo de primaria, no va a ninguna academia ni toma lecciones de nada. «Dejémosle jugar», dice mi marido. «Así crecerá de un modo natural.» Al salir, yo le digo: «Ten cuidado». Y el niño responde: «Tranquila». Igual que mi marido.



Cuando se acerca el anochecer, empiezo a hacer la cena. El niño vuelve antes de las seis. Mira dibujos animados por la televisión. Si no se prolongan las visitas, mi marido está de vuelta antes de las siete. Mi marido no prueba el alcohol y tampoco le gusta hacer más vida social de la necesaria. Al acabar el trabajo, suele regresar directamente a casa.

Durante la cena, conversamos los tres. Nos contamos sobre todo lo que hemos hecho durante el día. Pero quien más habla es mi hijo. Como es natural, a sus ojos todas y cada una de las cosas que suceden a su alrededor están llenas de novedad y de magia. Mi hijo habla, mi marido y yo hacemos algún comentario sobre lo que nos cuenta. Al terminar la cena, mi hijo se entretiene solo. Ve la televisión, lee. O juega con mi marido. Cuando tiene deberes, se encierra a hacerlos en su habitación. Y, a las ocho y media, se va a la cama y se duerme. Yo lo cubro bien con la colcha, le acaricio el pelo, le digo: «¡Buenas noches!» y apago la luz.

Después, empieza el tiempo del matrimonio. Mi marido se sienta en el sofá y habla un poco conmigo mientras lee la edición vespertina del periódico. Habla de los pacientes, de algún artículo del diario. Y escucha a Haydn o a Mozart. Tampoco a mí me disgusta la música. Pero, pase el tiempo que pase, seguiré siendo incapaz de distinguir a Haydn de Mozart. A mis oídos, ambos suenan casi igual. Cuando se lo digo a mi marido, él responde que no importa que no sea capaz de captar la diferencia. Que las cosas hermosas son hermosas. ¿Acaso no es suficiente? Eso es lo que dice mi marido.

—Como tú, que eres tan guapo, ¿no? —digo yo.

—Exacto. Como yo que soy tan guapo —dice mi marido. Y sonrío alegremente. Como si se sintiera muy complacido.

Esa es mi vida. Es decir, esa era mi vida antes de dejar de poder dormir. A grandes rasgos, un día era una repetición del otro. Llevaba un pequeño diario, pero si lo olvidaba durante dos o tres días no distinguía qué día era cuál. Aunque hubiera intercambiado ayer por anteayer, no me habría parecido extraño. «¿Qué vida es la mía?», pensaba a veces. Pero esa idea no me producía ninguna sensación de vacío. Simplemente me sentía sorprendida. Por el hecho de no distinguir un día del anterior. Por el hecho de estar formando parte de una vida así, de que esta me hubiera absorbido por completo. Por el hecho de que las huellas de mis pies fueran barridas por el viento tan deprisa, antes de que pudiera siquiera reconocerlas. En aquellos instantes contemplaba mi rostro en el espejo del cuarto de baño. Permanecía unos quince minutos mirándome fijamente. Con la mente vacía, sin pensar en nada. Clavaba los ojos en mi rostro como si fuera pura materia. Entonces, este se iba separando poco a poco de mí. Como si, en rigor, fuera una cosa que coexistiese conmigo. Y comprendía que aquello era el presente. «No tiene nada que ver con mis pisadas», me decía. «Así, de esta forma, coexistó con el presente. Y eso es lo más importante.»

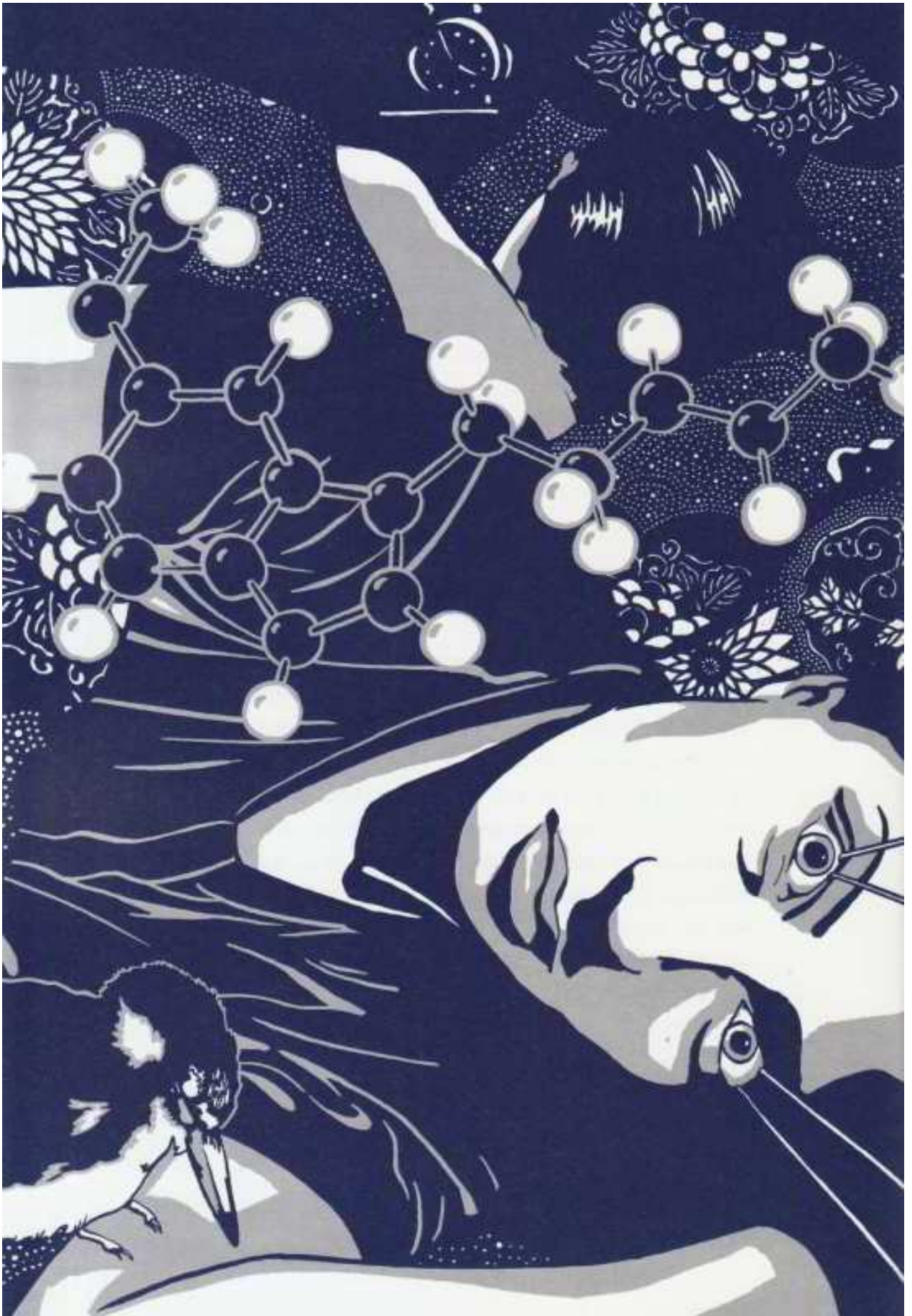
Pero ahora no puedo dormir. Y, cuando dejé de poder dormir, dejé también de llevar el diario.

2

Recuerdo con claridad la primera noche en que no pude dormir. Había tenido una pesadilla horrible. Un sueño muy oscuro, viscoso. No me acuerdo del contenido. Lo único que recuerdo es aquella sensación aciaga. Y en el punto álgido del sueño, desperté. Desperté en un momento a partir del cual, de haber permanecido solo un instante más sumergida en el sueño, quizá ya no hubiese podido retroceder. Me desperté súbitamente, como si algo me hubiese arrastrado de pronto hacia atrás. Después de abrir los ojos, permanecí unos instantes jadeando. Tenía las manos y los pies dormidos, paralizados. Me quedé inmóvil, oyendo cómo resonaba el eco ampliado de mi respiración, igual que si yaciera en el interior de una gruta.

«Ha sido un sueño», pensé. Aún tendida de espaldas, quieta, esperé a que mi respiración se acompasara. El corazón me latía con furia y, para enviarle sangre con celeridad, los pulmones se hinchaban y deshinchaban como un fuelle. Sin embargo, a medida que transcurrían los minutos, la amplitud de las contracciones fue reduciéndose, poco a poco. «¿Qué hora será?», pensé. Quise mirar el reloj de la cabecera, pero no pude girar la cabeza. Tuve, en aquel instante, la sensación de que algo aparecía, de repente, a los pies de la cama. Una vaga sombra de color negro. Contuve el aliento. Mi corazón, mis pulmones se detuvieron: por un instante, todo se congeló en el interior de mi cuerpo. Agucé la vista, apunté con los ojos hacia la sombra.

En cuanto fijé la mirada, la sombra, de prisa, como si fuera incapaz de esperar un instante más, empezó a tomar una forma clara. Sus contornos quedaron definidos, su interior se materializó, se perfilaron los detalles. Era un anciano enjuto que vestía unas ropas ceñidas de color negro. Tenía el pelo gris y corto, la cara afilada. El anciano permanecía de pie, inmóvil, a los pies de la cama. Sin pronunciar palabra, mantenía su mirada penetrante clavada en mí. Sus ojos eran enormes, incluso se distinguían con claridad las venas rojas que los surcaban. Pero su rostro carecía de expresión. No intentó decirme nada. Estaba vacío como un agujero.



«Esto no es un sueño», pensé. «Del sueño ya he despertado. Y no es que esté medio dormida, he abierto los ojos de golpe. Así que esto no es un sueño. Esto es real.» Intenté moverme. Despertar a mi marido o encender la luz. Pero, por más fuerzas que acopiaba, no podía moverme. Ni siquiera logré mover un solo dedo. De pronto, al descubrir que estaba paralizada, me asaltó el terror. Era un terror ancestral, parecido a un aire frío que ascendiera en silencio desde el pozo sin fondo de la memoria. Aquel aire frío penetró hasta la raíz de mi ser. Quise gritar. Pero no logré emitir sonido alguno. Ni siquiera fui capaz de mover la lengua. Lo único que podía hacer era clavar los ojos en aquel anciano.

El anciano sostenía algo en la mano. Un objeto largo y estrecho, redondeado, que despedía destellos de color blanco. Me quedé observándolo.

Mientras lo miraba con fijeza, aquel algo empezó a tomar una forma definida. Era una jarra. El anciano que estaba a los pies de la cama sostenía una jarra. Era una jarra antigua de cerámica. Poco después la levantó y empezó a verterme agua sobre los pies. Pero yo era incapaz de sentir el tacto del agua. Veía cómo la derramaba sobre mis pies. También oía su sonido al caer. Pero, en los pies, no notaba nada.

El anciano siguió derramando indefinidamente agua sobre mis pies. Lo curioso era que, por más agua que vertiese, la jarra no se vaciaba. De pronto se me ocurrió que tal vez mis pies empezaran a pudrirse y deshacerse de un momento a otro. No sería extraño que, echándoles tanta agua, acabaran corrompiéndose. Pensar en la

posibilidad de que mis pies se pudrieran y deshicieran era más de lo que podía resistir.

Cerré los ojos y grité con todas mis fuerzas.



Pero el grito no llegó a materializarse. La lengua no logró hacer vibrar el aire. El grito se limitó a reverberar sin sonido dentro de mí. Aquel grito mudo recorrió el interior de mi cuerpo, hizo que mi corazón dejara de latir. Mi mente quedó momentáneamente en blanco. El grito penetró hasta el último rincón de mis células. Dentro de mí, algo murió, algo se fundió. Como si fuera el destello de una explosión, aquella vibración vacía calcinó de raíz la mayor parte de mi existencia.

Cuando abrí los ojos, la figura del anciano ya no estaba. La jarra, tampoco. Me miré los pies. No había señales de que hubieran arrojado agua sobre la cama. La colcha estaba, como siempre, seca. Por el contrario, yo estaba anegada en sudor. Una cantidad horrorosa de sudor. Me costaba creer que una sola persona hubiera sido capaz de sudar tanto. Pero era mi sudor.

Moví un dedo de la mano y, después, otro; a continuación, traté de doblar los brazos. Luego intenté mover las piernas. Hice girar los tobillos, doblé las rodillas. Aunque tenían poca flexibilidad, logré mover cada una de las partes. Tras comprobar con grandes precauciones que podía mover todo el cuerpo, me incorporé con sigilo. Barrí con los ojos todos los rincones de la habitación, iluminada tenuemente por la luz de las farolas de la calle. El anciano no se veía por ninguna parte.

El reloj de la cabecera señalaba las doce y media. Me había acostado antes de las once, de modo que solo había dormido alrededor de una hora y media. En la cama contigua, mi marido dormía profundamente. Su sueño era tan pesado que ni siquiera se

oía su respiración: parecía que hubiese perdido el sentido. Una vez conciliaba el sueño, no se despertaba con facilidad.

Salí de la cama, fui al baño, me quité las ropas anegadas en sudor, las arrojé dentro de la lavadora y me duché. Luego me sequé con la toalla, saqué un pijama limpio de la cómoda, me lo puse. Y encendí la lámpara del cuarto de estar, me senté en el sofá y me tomé un coñac. Yo apenas pruebo el alcohol. No es que me siente mal, como a mi marido. Incluso hubo una época en la que bebía bastante. Pero, al casarme, lo dejé. Solo tomaba ocasionalmente un trago de brandy cuando no podía dormir. Pero aquella noche necesitaba una copa para calmar los nervios excitados.



En el aparador había una botella de Rémy Martin. Era el único alcohol que teníamos en la casa. Alguien nos lo había regalado. Hacía tanto tiempo que ya había olvidado quién.

La botella estaba cubierta por una fina capa de polvo. Como no tenía copas de brandy, llené una copa normal y me la bebí despacio, sorbo a sorbo.

Aún seguía temblando un poco, pero la sensación de terror había ido disipándose gradualmente.

«Quizá haya sido una parálisis del sueño», pensé. Era la primera vez que experimentaba algo similar, pero una amiga de la universidad me había hablado de eso.

—Es todo muy real, no parece un sueño —me había dicho mi amiga—. En aquel momento, no me pareció un sueño en absoluto y, ahora, sigue sin parecérmelo.

«Realmente, no parecía un sueño», pensé. «Pero lo era. Un tipo de sueño que no parece un sueño.»

Sin embargo, aunque se hubiera disipado la sensación de terror, yo continuaba estremeciéndome. Mi piel seguía temblando levemente, como las ondas concéntricas en la superficie del agua después de un terremoto. Aquel ligero temblor era perceptible a mis ojos. «Es por el grito», pensé. Aquel grito que no se había materializado en

sonido permanecía oculto dentro de mi cuerpo y continuaba retumbando en forma de temblor.

Con los ojos cerrados, tomé otro trago de coñac. Sentía cómo el cálido líquido se deslizaba por mi garganta e iba descendiendo hasta el estómago. Era una percepción muy real.

De pronto, con un sobresalto, me acordé de mi hijo. Al pensar en él, mi corazón volvió a latir con fuerza. Salté del sofá y fui a paso rápido hacia su habitación. Tal como cabía esperar, él también seguía profundamente dormido. Tenía una mano posada sobre la boca y la otra lanzada hacia un lado. Al parecer, mi hijo dormía a salvo igual que mi marido. Lo cubrí bien con la colcha. No sé qué era lo que me había arrancado del sueño con tanta violencia, pero, al parecer, solo me había atacado a mí. Ni mi marido ni mi hijo habían notado nada.

Volví al cuarto de estar, di vueltas por la habitación. No tenía nada de sueño. Pensé en tomarme otra copa de coñac. Lo cierto era que deseaba beber más. Quería caldear mi cuerpo más, calmar más mis nervios. Sentir dentro de la boca su fuerte y rotundo olor. Pero, tras dudar unos instantes, decidí no beber más. No quería estar borracha por la mañana. Guardé el coñac en el aparador, llevé la copa al fregadero, la lavé. Luego saqué unas fresas de la nevera y me las comí.

De pronto, descubrí que mi piel ya casi había dejado de temblar.

«¿Quién sería aquel anciano vestido de negro?», me pregunté. No recordaba haberlo visto jamás. Incluso su ropa era extraña. Un conjunto deportivo ajustado, a todas luces de modelo antiguo. Era la primera vez que veía una vestimenta parecida. Y luego estaban los ojos. Unos ojos inyectados en sangre que no pestañeaban. ¿Quién sería aquel hombre? ¿Y por qué me habría echado agua sobre los pies? ¿Por qué tendría que haber hecho algo así?

La razón se me escapaba. No tenía la menor idea.

Mi amiga había sufrido la parálisis del sueño cuando estaba durmiendo en casa de su prometido. Unos quince minutos después de acostarse, se le apareció un hombre malcarado y le dijo que se marchara de aquella casa. Mi amiga, mientras, era incapaz de moverse. Y sudaba a mares. Primero creyó que se trataba del espíritu del difunto padre de su prometido que la conminaba a abandonar la casa. Pero, al día siguiente, cuando este le enseñó una fotografía de su padre, descubrió que su rostro era completamente distinto.

—Debía de estar muy tensa —me había dicho mi amiga—, Quizá por eso tuve un ataque de parálisis del sueño.

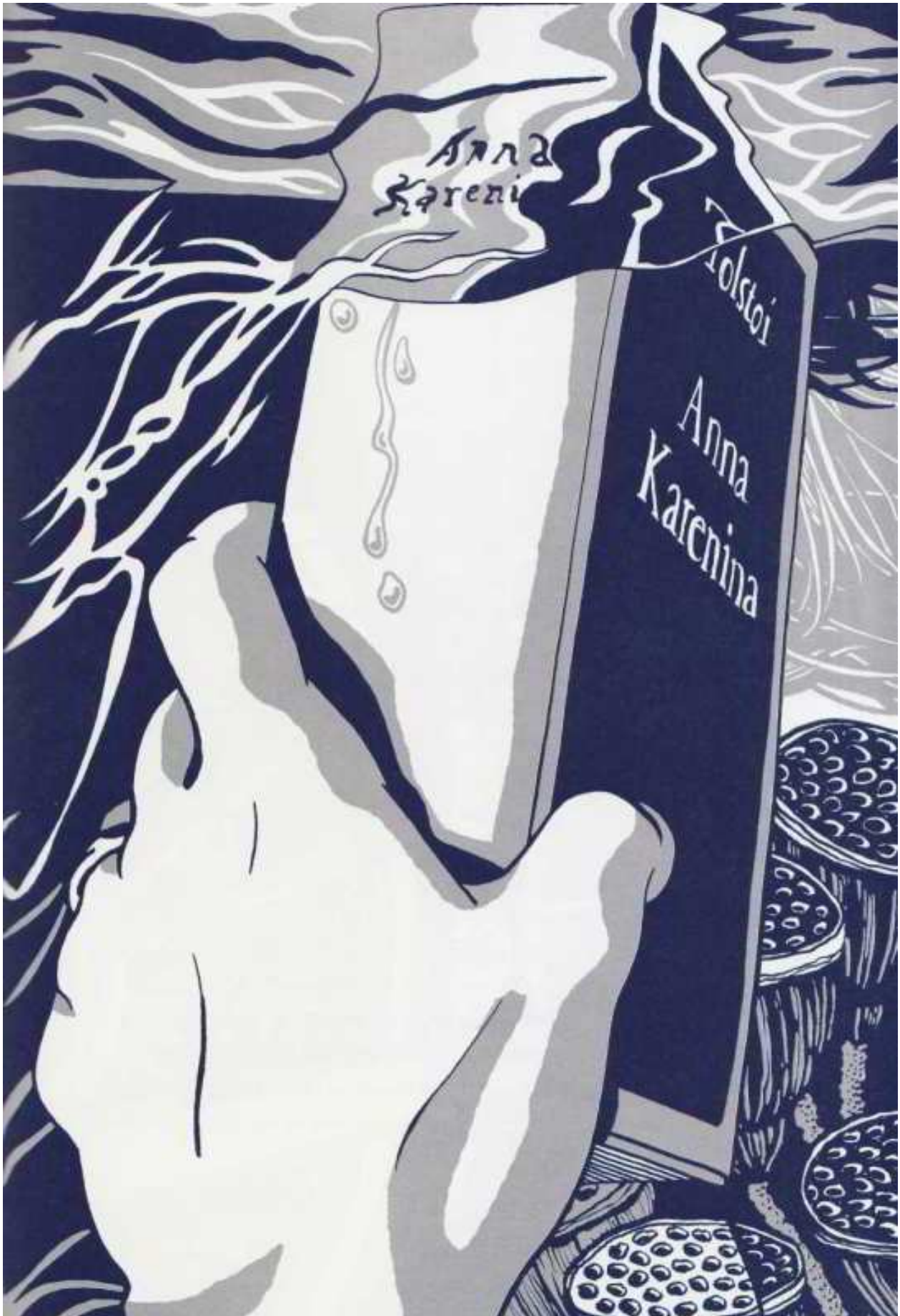
Pero yo no me encontraba sometida a tensión alguna. Además, estaba en mi casa. Allí no debía de haber nada que me amenazara. ¿Por qué habría tenido que sufrir, allí, en aquel instante, una parálisis del sueño?

Sacudí la cabeza. Desistí de seguir dándole vueltas. Era inútil. Solo había sido un sueño muy real. Quizá había ido acumulando cansancio sin darme cuenta. Seguro que la culpa la tenía el partido de tenis del día anterior. Después de la natación, una amiga que me encontré en el club me había propuesto jugar al tenis y me excedí un poco. Luego noté los miembros pesados durante un rato. Cuando acabé de comerme las fresas, me tendí en el sofá. Cerré los ojos a ver qué pasaba.

No tenía nada de sueño.

«¡Uff!», pensé. Realmente, no tenía las menores ganas de dormir.

Pensé en leer mientras me entraba el sueño. Fui al dormitorio, saqué una novela de la estantería. La busqué con la luz encendida, pero mi marido no hizo el menor movimiento. Elegí *Anna Karénina*. Deseaba leer una larga novela rusa. Ya la había leído antes, mucho tiempo atrás. Probablemente cuando estudiaba bachillerato. Apenas recordaba el argumento.

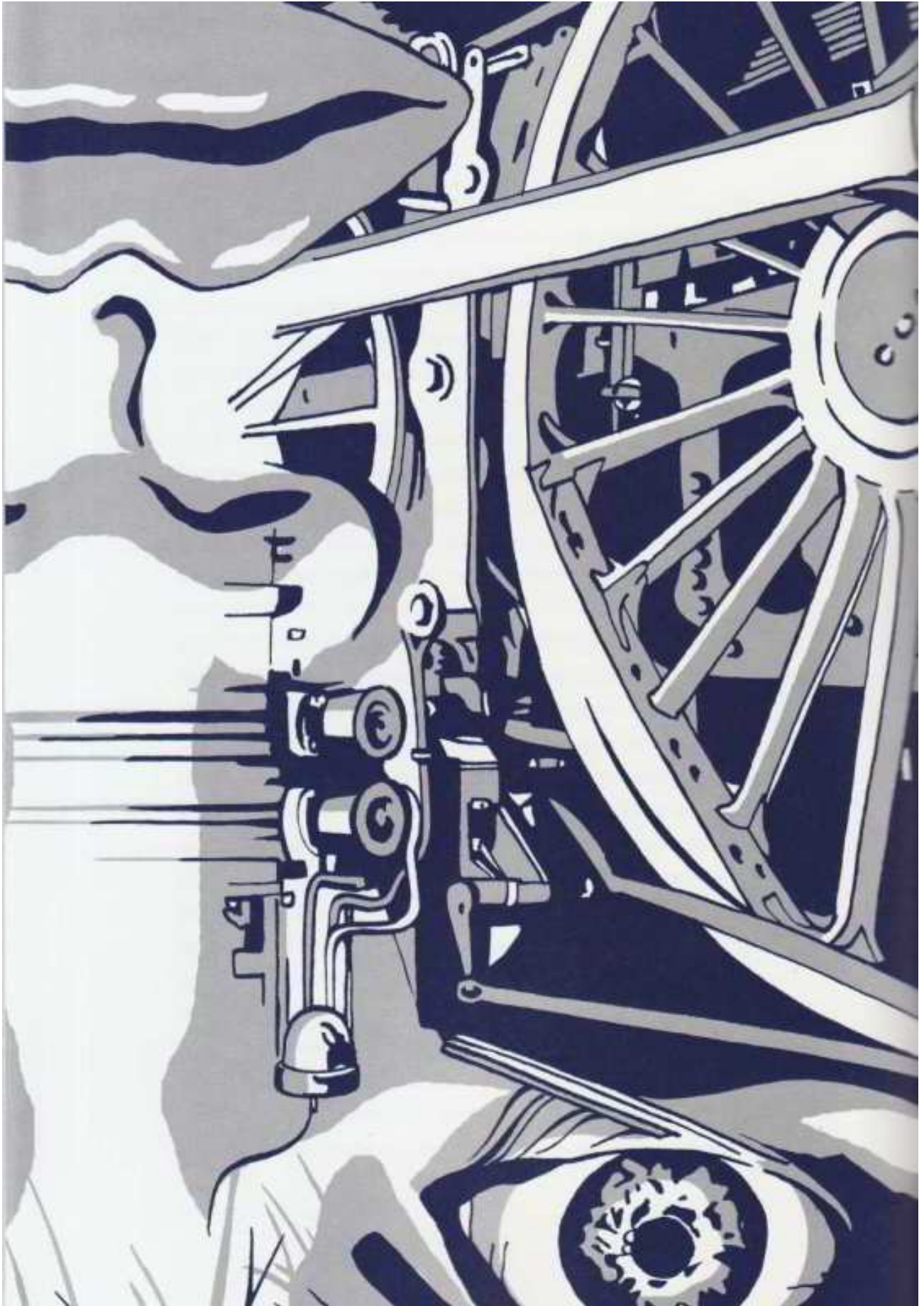


Solo me acordaba de las primeras líneas y de que, al final, la protagonista se suicida arrojándose al tren. «Todas las familias felices se parecen, pero cada familia infeliz lo es de un modo distinto», decía. Creo que iba así. Al principio, ya se insinuaba el suicidio de la heroína en el clímax de la obra. También había una carrera de caballos, ¿no? ¿O se trataba de otra novela?

En todo caso, volví al sofá y abrí el libro. Me pregunté cuántos años hacía que no leía sentada de un modo tan relajado. Por las tardes, durante mi tiempo libre, a veces permanecía unos treinta minutos o una hora ante un libro abierto. Pero, hablando con propiedad, aquello no era lectura. Mientras leía, siempre acababa pensando en otra cosa. En mi hijo, en las compras, en que la nevera no funcionaba bien, en qué me pondría para asistir a la boda de algún pariente, en la operación de estómago de mi padre el mes anterior: esos asuntos me venían de pronto a la cabeza y, uno tras otro, iban hinchándose y derivando en direcciones distintas. Al final, lo único que había avanzado era la hora y yo seguía estando casi ante la misma página.

Y así, sin darme cuenta, acabé acostumbrándome a una vida sin libros. Pensándolo bien, era muy extraño. Desde pequeña, mi vida había girado alrededor de la lectura. Desde la primaria, devoraba todos los libros de la biblioteca y gastaba casi toda mi paga semanal en libros. Ahorraba el almuerzo y, con ese dinero, me compraba los libros que me apetecía leer. Ni en la escuela secundaria ni en el instituto había nadie que leyera tanto como yo. Era la mediana de cinco hermanos, mis padres trabajaban y estaban ocupados, de modo que ningún

¿Cuándo había leído debidamente un libro por última vez? ¿Y qué había leído en aquella ocasión? Por más vueltas que le di, ni siquiera fui capaz de recordar el título. «¿Por qué nos cambiará tanto la vida?», pensé. ¿Adonde había ido a parar aquella persona que antes devoraba los libros con frenesí? ¿Qué representaban para mí aquellos años, aquella pasión casi enfermiza?



Pero esa noche logré concentrarme en la lectura de *Anna Karénina*. Volví una página tras otra, absorta, sin pensaren nada. Tras leer de un tirón hasta el instante en que Anna Karénina y Vronski se conocen en la estación de tren de Moscú, introduje el marcador entre las páginas del libro y volví a sacar la botella de coñac. Me serví una copa, tomé un trago.

Cuando la había leído tiempo atrás, no me había dado cuenta, pero, pensándolo bien, aquella novela era algo extraña. Anna Karénina, la protagonista, no aparecía ni una sola vez hasta la página 116. ¿No les resultaba eso poco natural a los lectores de aquella época? Estuve un rato dándole vueltas al asunto. ¿Soportaban ellos estoicamente la interminable descripción de la vida de un personaje tan insignificante como Oblonski mientras esperaban con paciencia la aparición de la hermosa heroína? Tal vez. Quizá en aquella época a la gente le sobrara el tiempo. Al menos, a los que formaban parte de la clase social que leía novelas.

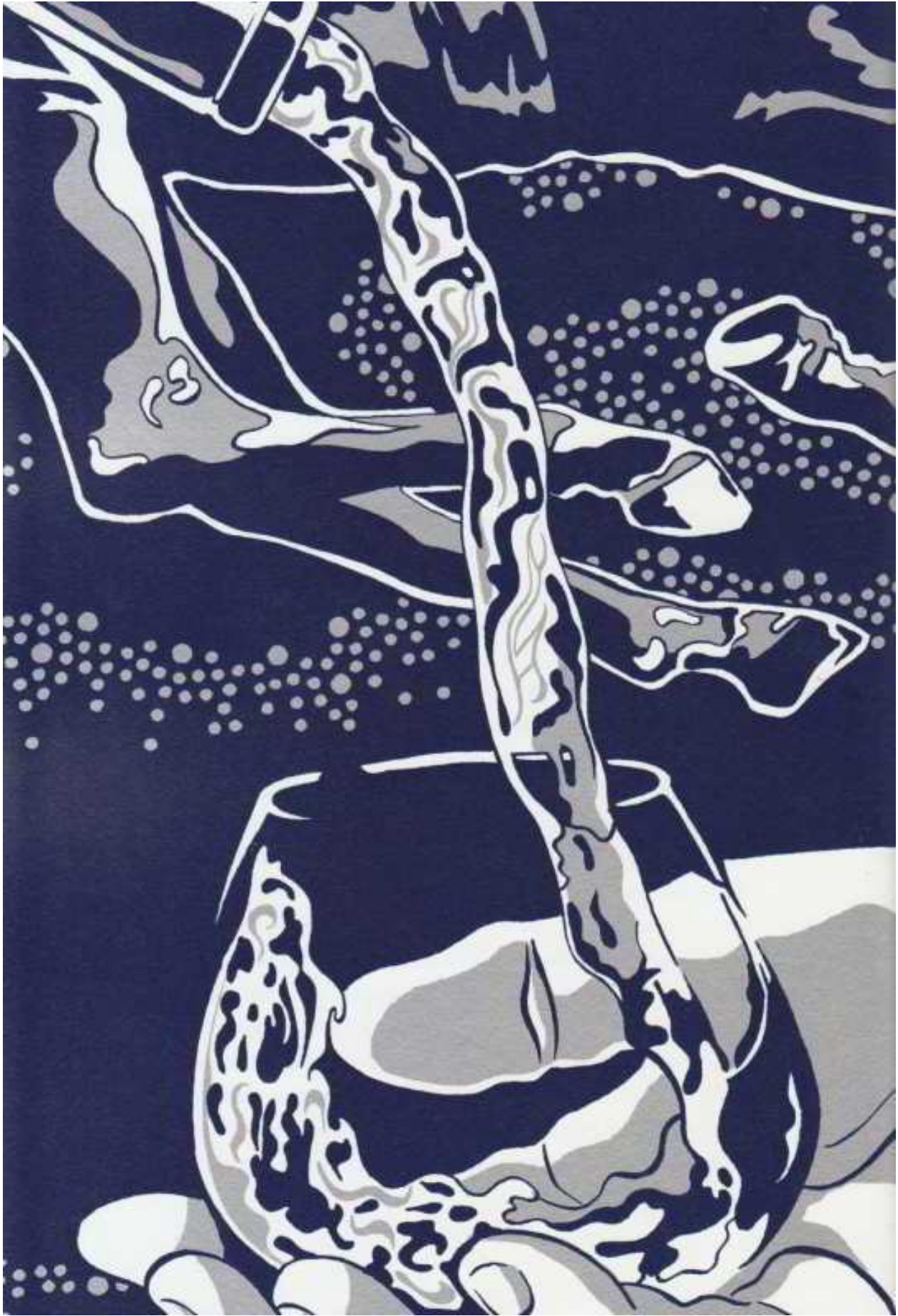
Me di cuenta, de pronto, de que el reloj marcaba ya las tres de la madrugada. ¿Las tres? Pero yo no tenía sueño.

«¿Y qué hago ahora?», me dije. «No tengo nada de sueño. Podría quedarme tranquilamente leyendo. Me muero de ganas de ver cómo continúa. Pero debo dormir.»

De repente, me acordé de la época en que había sufrido insomnio. De cómo vivía, día tras día, con la mente en una nebulosa. «¡Qué horror!», pensé. «Entonces todavía estudiaba en la universidad. Por eso pude sobrellevarlo. Pero ahora no podría. Soy esposa, soy

madre. Tengo responsabilidades. Tengo que prepararle la comida a mi marido, tengo que cuidar a mi hijo...»

Sin embargo, aunque me acostara, probablemente no pegaría ojo. Lo tenía muy claro. Sacudí la cabeza. «¡Qué le vamos a hacer!», me dije. «No creo que pueda dormir y, además, me apetece seguir leyendo.» Lancé un suspiro y dirigí la mirada hacia el libro que estaba sobre la mesa.



A fin de cuentas, permanecí absorta en la lectura de *Anna Karénina* hasta que salió el sol. Anna y Vronski, en el baile, no apartaban la mirada el uno del otro y se enamoraban fatalmente. Anna, en el hipódromo (tal como pensaba, salía una carrera de caballos), se trastornaba al ver cómo caía el caballo de Vronski y le confesaba a su marido su infidelidad. Yo salvaba los obstáculos subida al caballo junto a Vronski y oía el griterío de la gente. En las gradas, presenciaba la caída del caballo de Vronski. Cuando se iluminó la ventana, dejé el libro, me hice un café en la cocina y me lo tomé. Las escenas de la novela que permanecían en mi imaginación y el hambre feroz que me había entrado de repente me impedían pensar en otra cosa. Parecía que aquel desajuste que ya existía entre mi conciencia y mi cuerpo se hubiera fijado definitivamente. Corté unas rebanadas de pan, las unté con mantequilla y mostaza, me preparé un sándwich de queso. Me lo comí sin sentarme siquiera, de pie, ante el fregadero. Era excepcional que tuviera tanta hambre. Era un hambre tan atroz que casi me dejaba sin aliento. Al terminar de comer el sándwich, seguía teniendo apetito, así que me hice otro y me lo comí. Y me tomé otra taza de café.

3

A mi marido no le conté que había sufrido una parálisis del sueño ni que había pasado la noche en blanco. No es que pretendiera ocultárselo. Solo que no veía la necesidad de hacerlo. No habría servido de nada y, en realidad, tampoco era tan grave estar una noche sin poder dormir. A cualquiera le pasa alguna que otra vez.

Preparé café para mi marido y a mi hijo le di un vaso de leche caliente, como siempre. Mi marido se comió unas tostadas y mi hijo cereales. Mi marido hojeó el periódico, mi hijo canturreó una canción que acababa de aprender. Luego ambos subieron al Nissan Bluebird y salieron. Yo dije: «Ten cuidado». Mi marido dijo: «Tranquila». Los dos agitaron las manos. Como siempre.

Cuando se hubieron ido los dos, me senté en el sofá y me pregunté qué iba a hacer a continuación. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Qué tenía que hacer? Fui a la cocina, abrí la nevera e inspeccioné el interior. Comprobé que, aunque no hiciera la compra, por un día no pasaba nada. Había pan. Había leche. Había huevos. También tenía carne congelada. Había verduras. Contaba con comida suficiente hasta el almuerzo del día siguiente.

Tenía que ir al banco, pero no se trataba de un asunto que tuviera que resolver necesariamente aquel día. Podía esperar un poco. Me senté en el sofá y reanudé la lectura de *Anna Karénina*. Al releerla me di cuenta de lo poco que me acordaba de la historia. No recordaba casi nada de los personajes, ni de las escenas. Me daba incluso la sensación de estar leyendo una novela completamente

distinta. «¡Qué extraño!», pensé. A pesar de lo mucho que debía de haberme impresionado al leerla por primera vez, a fin de cuentas no me había quedado nada en la memoria. La emoción y el recuerdo que debían de haber existido allí, en un momento dado, habían ido desprendiéndose suave e imperceptiblemente hasta desaparecer por completo.

¿Qué sentido tenía, entonces, la enorme cantidad de tiempo que había consumido leyendo?

Dejé de leer e intenté reflexionar sobre eso. Pero no lo entendía bien y acabé por no saber siquiera en qué estaba pensando. De pronto me descubrí contemplando distraídamente los árboles del otro lado de la ventana. Sacudí la cabeza y reanudé la lectura del libro.

Pasada la mitad del primer volumen, descubrí una viruta de chocolate entre las páginas. El chocolate estaba reseco, fuertemente adherido al papel. Me dije que, en el instituto, debía de haber estado comiendo chocolate mientras leía la novela. Me gustaba mucho mordisquear algo mientras leía. Pensándolo bien, después de casarme no había vuelto a probar el chocolate. Eso era porque mi marido detestaba que comiera dulces. Tampoco solía ofrecérselos a mi hijo. De modo que no había ningún tipo de golosina en casa.

Mirando aquel trocito de chocolate descolorido de más de diez años atrás, me entraron unas ganas irresistibles de comer chocolate. Me apetecía leer *Anna Karénina* comiendo chocolate, igual que antes.

Sentía cómo todas las células de mi cuerpo contenían el aliento y se contraían pidiéndome chocolate.

Me eché una chaqueta sobre los hombros, entré en el ascensor y bajé. Fui a una pastelería del barrio y compré dos tabletas de chocolate que tenían la pinta de ser muy dulces. En cuanto salí de la tienda desenvolví una y empecé a comérmela mientras andaba. La boca se me llenó de olor a chocolate con leche. Percibí claramente cómo cada rincón de mi cuerpo absorbía el dulzor de forma inmediata. Dentro del ascensor, me metí el segundo trozo en la boca. El olor a chocolate inundó también el interior de la cabina del ascensor.

Me senté en el sofá y continué leyendo *Anna Karénina* mientras saboreaba el chocolate. No tenía nada de sueño. Tampoco sentía el menor cansancio. Podía continuar leyendo indefinidamente, sin parar. Cuando acabé la primera tableta, rasgué el envoltorio de la segunda y me comí la mitad. Cuando ya llevaba leídas dos terceras partes del primer volumen, miré el reloj. Eran las once y cuarenta minutos.

¿Las once y cuarenta minutos?

Mi marido estaba a punto de volver. Cerré precipitadamente el libro y fui a la cocina. Llené una olla de agua, encendí el gas. Piqué cebolla y preparé unos fideos *soba* para ponerlos a hervir. Mientras el agua se calentaba, metí unas algas *wakame* deshidratadas en remojo e hice pescados y verduras en vinagreta. Saqué tofu de la nevera, lo corté y aliñé con salsa de soja. Luego fui al baño, me lavé los dientes y me quité el olor a chocolate de la boca.

Justo cuando empezaba a hervir el agua, llegó mi marido.

—Hoy he terminado antes de lo previsto —me dijo.

Comimos los fideos. Mientras, mi marido me estuvo hablando de un nuevo instrumental médico que se estaba planteando introducir en el consultorio. Era un aparato que hacía posible eliminar la placa dental de un modo mucho más eficaz. También permitía ahorrar tiempo.

—Pero, claro, el precio es muy alto. Como de costumbre. Aunque creo que podríamos amortizarlo —dijo mi marido—. Últimamente, hay mucha gente que viene solo a hacerse una limpieza dental. ¿A ti qué te parece?

Yo no quería pensar en las placas de los dientes. No tenía ganas de hablar de un tema semejante durante la comida y tampoco me apetecía devanarme los sesos sobre aquello. Estaba dándole vueltas a las carreras de obstáculos. La placa dental me importaba un comino. Pero no era cuestión de decírselo a mi marido. Para él era algo muy serio. Le pregunté cuánto valía y fingí reflexionar sobre el tema.

—Si lo necesitas, mejor que lo compres, ¿no? —le dije—. Ya nos las apañaremos. Total, no es que vayas a gastarte el dinero en diversiones.

—Es verdad —dijo mi marido. Y repitió mis palabras—: Total, no es que vaya a gastarme el dinero en diversiones.

Después, siguió comiéndose los fideos en silencio.

En una rama de un árbol, del otro lado de la ventana, dos pájaros grandes trinaban a la par. Yo los miraba sin verlos. No tenía sueño. No tenía nada de sueño. ¿Por qué sería?

Mientras yo recogía la mesa, mi marido se sentó en el sofá a leer el periódico. A su lado descansaba *Anna Karénina*, pero él no le prestó atención. Que yo leyera o dejara de leer, a mi marido le traía sin cuidado.

Cuando terminé de lavar los platos, me dijo:

—Hoy tengo una buena noticia. ¿Adivinas qué es?

Le dije que no lo sabía.

—Mi primer paciente de la tarde ha cancelado la visita. Estoy libre hasta la una y media —me dijo, sonriendo.

Lo intenté, pero seguí sin adivinar por qué aquello era tan buena noticia. ¿Por qué sería? Hasta que se puso en pie y me invitó a ir a la cama no me di cuenta de que me estaba proponiendo tener relaciones sexuales. Pero a mí no me apetecía en absoluto. ¿Por

qué tenía que hacerlo? No lo entendía. Lo que yo deseaba era volver enseguida a la novela. Tenderme sola en el sofá e ir volviendo las páginas de *Anna Karénina*, comiendo chocolate. Mientras lavaba los platos, estuve pensando todo el rato en el carácter de Vronski. ¿Cómo lograba Tolstoi tratar los personajes de un modo tan magistral? Sus descripciones tenían una magnífica exactitud. Pero, justamente por eso, desaparecía cualquier posibilidad de salvación. Y era esa salvación la que, en definitiva...



Cerré los ojos y me apreté las sienes con los dedos. Le dije que, desde aquella mañana, me dolía un poco la cabeza. Que lo sentía mucho. Como era cierto que, a veces, tenía terribles jaquecas, mi marido aceptó mis razones sin dar más vueltas al tema.

—Es mejor que te acuestes y descanses un poco —dijo.

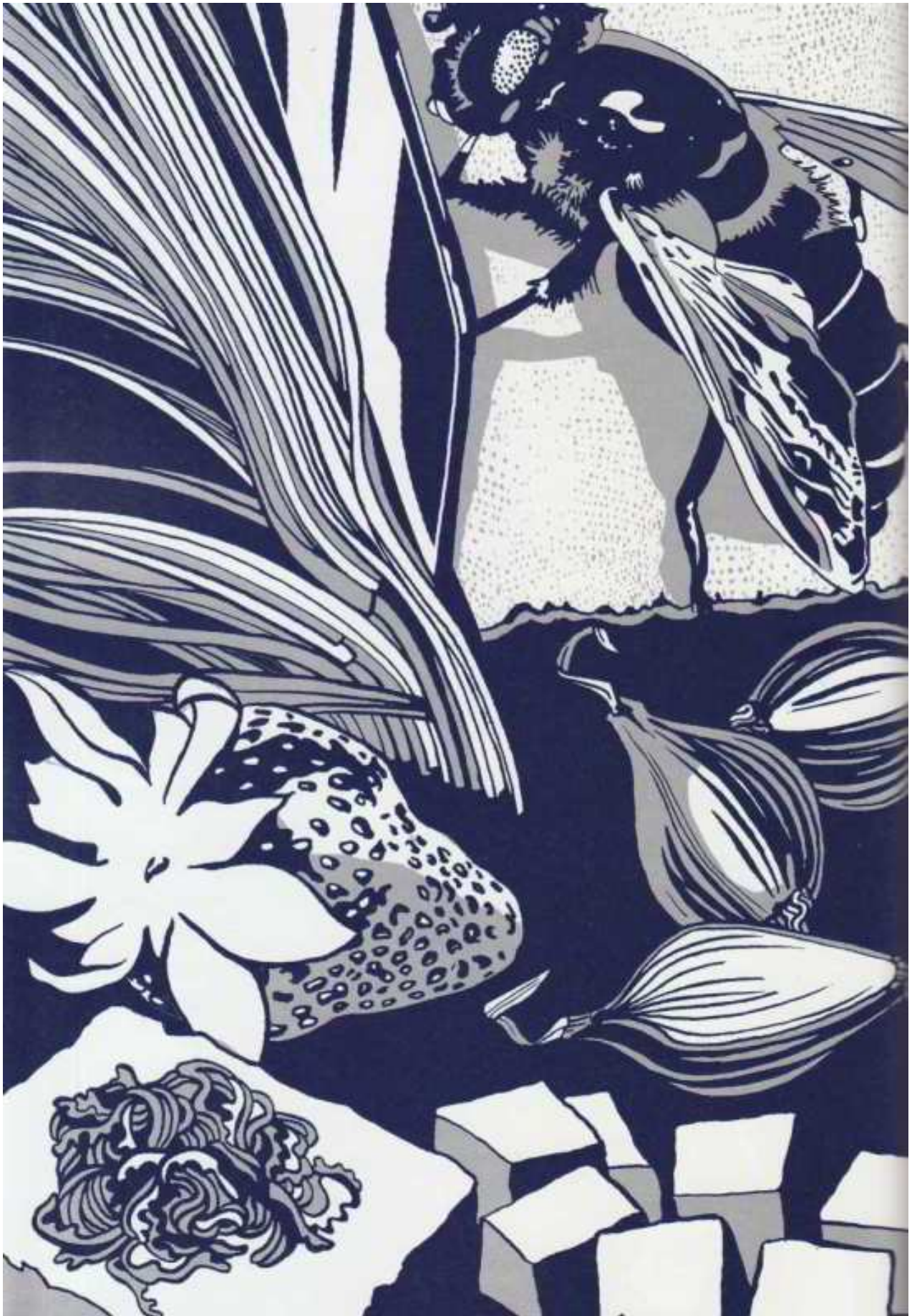
—No es para tanto —repuse.

Hasta pasada la una estuvo sentado en el sofá, escuchando música y leyendo tranquilamente el periódico. Volvió a hablarme de instrumental médico. De cómo adquirirían costosos aparatos de tecnología punta y, a los dos o tres años, ya habían quedado anticuados y tenían que reemplazarlos por otros nuevos; de cómo los fabricantes de instrumental médico eran los únicos que se lucraban con el asunto y de otras cosas por el estilo. Yo me limitaba a ir asintiendo de vez en cuando sin escuchar apenas lo que me decía.

Cuando mi marido hubo vuelto al trabajo, doblé el periódico, di unas palmaditas a los cojines del sofá y los ahuequé. Me recosté en el marco de la ventana y barrí la habitación con la mirada. Era incomprensible. ¿Por qué no tenía nada de sueño? Tiempo atrás, había pasado algunas noches en vela. Pero jamás había logrado permanecer tanto tiempo despierta. Lo normal hubiera sido que ya estuviese dormida desde hacía un buen rato y, suponiendo que no me hubiese dormido, tendría que estar cayéndome de sueño. Pero no sentía el menor sopor y, además, tenía la mente muy clara.

Fui a la cocina, calenté café, me lo bebí. Pensé en lo que iba a hacer a continuación. Evidentemente, me apetecía continuar leyendo *Anna Karénina*. Pero, al mismo tiempo, también quería ir a nadar a la piscina, como siempre. Tras mucho dudar, opté por la natación. No era capaz de explicarlo bien, pero sentía grandes deseos de nadar con todas mis fuerzas para expulsar, de este modo, algo de mi interior. Expulsar. Pero ¿qué diablos iba a expulsar yo? Intenté reflexionar sobre ello. ¿Expulsar qué?

Pero ese algo flotaba vagamente en el interior de mi cuerpo como si fuera una especie de potencialidad. Quería darle un nombre, pero no se me ocurría ninguno. Tenía poca habilidad buscando palabras. Seguro que Tolstoi hubiera sabido hallar el término preciso.



En todo caso, metí el traje de baño en una bolsa, como siempre, subí al Civic y me fui al gimnasio. En la piscina no encontré a ningún conocido. Solo había un hombre joven y una mujer de mediana edad nadando. Con aspecto aburrido, el vigilante no perdía de vista la superficie del agua.

Me puse el traje de baño, las gafas, nadé media hora, como siempre. Pero ese tiempo me supo a poco. Nadé quince minutos más. Al final, hice una calle, ida y vuelta, nadando a crol con ímpetu. Me quedé sin aliento, pero sentía cómo mi cuerpo rebosaba vitalidad. Cuando salí de la piscina, las personas que me rodeaban me miraron de hito en hito.

Como todavía faltaba un poco para las tres, pasé por el banco y resolví aquel asunto. Estuve tentada de pasar también por el supermercado a hacer la compra, pero abandoné la idea y regresé a casa. Y seguí leyendo *Anna Karénina*. Me acabé el chocolate que quedaba. A las cuatro, cuando volvió mi hijo, le di un zumo y una gelatina de frutas que había hecho yo misma. Luego preparé la cena. Primero saqué carne del congelador y la descongelé; corté verduras y preparé un sofrito. Hice sopa de *miso*, cocí el arroz. Procedí de una forma muy rápida y mecánica.

Luego seguí leyendo *Anna Karénina*.

No tenía sueño.

4

A las diez me acosté junto con mi marido. Fingí que iba a dormir con él. Mi marido se durmió enseguida. Concilio el sueño casi en el mismo instante de apagar la lámpara de noche. Como si el interruptor de la luz y su consciencia estuvieran conectados por un cable.

«Es fabuloso», pensé. Hay pocas personas así. Son muchísimas más las que sufren al no poder dormir. Como mi padre. Mi padre siempre se estaba quejando porque era incapaz de dormir bien. Aparte de que le costaba conciliar el sueño, se despertaba al menor ruido o movimiento.

Pero mi marido, no. Una vez cerraba los ojos, no los abría hasta la mañana siguiente. Ya de recién casados, me intrigaba mucho este hecho y, en varias ocasiones, experimenté hasta dónde podía llegar. Le dejaba caer gotitas de agua sobre la cara con un cuentagotas o le hacía cosquillas con un pincel en la punta de la nariz. Pero ni se movía. Si me ponía pesada, al final lo máximo que conseguía era un gruñido. Mi marido ni siquiera soñaba. Al menos, no recordaba nada de lo que había soñado. No hace falta aclarar que jamás había sufrido la parálisis del sueño. Sencillamente, dormía a pierna suelta, como una tortuga enterrada en el fango.

Fabuloso.

Tras permanecer unos diez minutos acostada, salí de la cama con sigilo. Fui al cuarto de estar, encendí la lámpara de pie, me serví coñac en una copa. Después me senté en el sofá y leí mientras paladeaba, sorbo a sorbo, el coñac. Cuando me entraron ganas, saqué el chocolate que tenía guardado en el aparador y me lo comí. Entre una cosa y otra, salió el sol. Al amanecer cerré el libro, hice café y me lo tomé. Luego preparé un sándwich y me lo comí.

Cada día era una repetición del otro.

Realizaba las tareas domésticas en un santiamén y me pasaba el resto de la mañana leyendo. A mediodía dejaba el libro y preparaba el almuerzo de mi marido. Cuando él volvía al trabajo antes de la una, subía al coche, me iba a la piscina y nadaba. Desde que no podía dormir, nadaba con intensidad durante una hora. No me bastaban treinta minutos. Mientras nadaba, solo me concentraba en el ejercicio. No pensaba en nada más. Únicamente pensaba en mover el cuerpo con eficacia, inspirando y espirando a un ritmo regular. Aunque me encontrase con algún conocido, apenas hablaba. Me limitaba a intercambiar un saludo rápido. Si me proponían hacer algo, me excusaba diciendo que tenía algún quehacer. No me apetecía relacionarme con nadie. No tenía tiempo para charlas banales. Después de nadar hasta el límite de mis fuerzas, quería volver pronto a casa y ponerme a leer sin perder un segundo.

Iba a la compra por obligación, hacía la comida, limpiaba la casa, pasaba el rato con mi hijo. Hacía el amor con mi marido por obligación. Una vez que me acostumbré, no me resultó difícil. Por el contrario: era muy sencillo. Bastaba con cortar la conexión entre

la mente y el cuerpo. Mientras mi cuerpo se movía a voluntad, mi mente flotaba libremente por el espacio. Acababa las tareas domésticas sin pensar en nada. Le daba la merienda a mi hijo, charlaba con mi marido.

Desde que no podía dormir, me asombraba lo simple que era la realidad. Desenvolverse en la vida real era muy sencillo. Aquello no era más que la realidad. Solo eran tareas domésticas, solo era un hogar. Era igual que manejar una máquina sencilla: una vez que aprendías el modo de empleo, se trataba solo de ir repitiéndolo. Pulsabas este botón, levantabas aquella palanca. Regulabas la intensidad, cubrías con la tapa, programabas el tiempo. Una simple repetición.

A veces había algún cambio, claro está. Un día vino la madre de mi marido y cenamos todos juntos. El domingo fuimos con nuestro hijo al zoológico. El niño tuvo una diarrea terrible. Pero ninguno de esos acontecimientos sacudió mi existencia. Se limitaron a pasar por mi lado como una ráfaga de viento que sopla sin ruido. Charlé con mi suegra, preparé comida para cuatro, hice fotografías delante de la jaula de los osos, apliqué compresas calientes a la barriguita de mi hijo y le hice tomar la medicina.



Nadie se había dado cuenta de mi transformación. De que no podía pegar ojo, de que leía sin descanso, de que mi cabeza estaba a cientos, miles de años de la realidad. Nadie se había dado cuenta de nada. Por más que hiciera las cosas mecánicamente, por deber, sin amor ni sentimiento alguno, tanto mi marido como mi suegra o mi hijo siguieron tratándome como siempre. Incluso se mostraron más relajados conmigo que de costumbre.

Y, así, pasó una semana.

Cuando entré en la segunda semana de vigilia ininterrumpida, me sentí inquieta, como es lógico. Desde cualquier punto de vista, aquello era anormal. El ser humano necesita dormir. No existe una sola persona que no lo haga. Tiempo atrás, había leído algo sobre una tortura que consistía en privar a alguien del sueño. Era una tortura que practicaban los nazis. Encerraban a una persona en un cuarto pequeño y, para impedirle dormir, le enfocaban la luz directamente a los ojos para que los mantuviera abiertos y hacían que oyera ruido sin cesar. La persona acababa enloqueciendo y, poco después, moría.

No logré recordar cuánto tiempo se tardaba en perder la razón. ¿Unos tres o cuatro días quizá? Yo llevaba ya una semana sin dormir. Era demasiado tiempo. A pesar de eso, mi cuerpo no mostraba el menor signo de agotamiento. Al contrario: me sentía mejor que nunca.

Un día, al salir de la ducha, me planté desnuda ante el espejo. Me sorprendió descubrir hasta qué punto mi cuerpo rebosaba vitalidad. Me inspeccioné centímetro a centímetro, de la cabeza a los tobillos,

pero no logré descubrir un gramo de grasa, una sola arruga. Mi cuerpo, claro está, no era el mismo que en mi época de adolescente. Pero la piel era aún más luminosa, más tersa. Me pellizqué la barriga. Estaba firme y conservaba una elasticidad prodigiosa.

Me di cuenta de que me había convertido en una mujer más bella de lo que nunca había creído ser. Me veía sumamente rejuvenecida. Podría haberme hecho pasar por una chica de veinticuatro años. La piel era suave, los ojos brillantes. Los labios aparecían lozanos, la sombra bajo el hueso de los pómulos (era la parte de mí misma que más odiaba) apenas se distinguía ya. Me senté ante el espejo y permanecí unos treinta minutos mirándome fijamente. Me observé desde diferentes ángulos, con mirada objetiva. No había equivocación posible. Me había convertido en una mujer muy hermosa.

¿Qué diablos me estaba ocurriendo?

Me planteé consultar a un médico.

Conocía a un doctor que me había tratado desde niña. Pero, al imaginar cuál podía ser su reacción, se me fueron enseguida las ganas. En primer lugar, ¿me creería? Cuando le dijera que llevaba una semana sin pegar ojo, ¿no dudaría de mis facultades mentales? Quizá lo dejara en un simple insomnio de origen neurótico. O quizá me tomara en serio y decidiera enviarme a algún gran hospital para que me hicieran análisis clínicos.

¿Y qué sucedería entonces?

Me encerrarían y me mandarían de aquí para allá haciéndome pruebas. Electroencefalogramas, electrocardiogramas, uroscopias, análisis de sangre, tests psicológicos, etcétera.

No me creía capaz de soportarlo. Yo quería estar sola leyendo tranquilamente. Quería nadar una hora diaria en la piscina. Y, ante todo, quería conservar la libertad. Eso era lo que deseaba. No quería que me metieran en un hospital. Además, aunque lo hicieran, ¿qué lograrían descubrir? Me harían montones de análisis, expondrían montones de hipótesis. Y nada más. Yo no quería que me encerraran en un lugar semejante.

Una tarde fui a la biblioteca y leí algunos libros sobre el sueño. No había demasiados y tampoco ponían nada del otro mundo. En definitiva, todos venían a decir lo mismo: que el sueño era un descanso. Nada más. Algo que equivalía a apagar un motor. Si un motor estaba siempre en marcha, tarde o temprano acababa averiándose. El funcionamiento de un motor generaba inevitablemente calor y ese calor acumulado acababa dañando la máquina. Por eso, para liberar ese sobrecalentamiento, tenía que dejarse reposar. Para que se enfriara. Apagar el motor: eso era el sueño. En el caso del ser humano, el sueño suponía un descanso para el cuerpo y, también, para el espíritu. Cuando nos acostábamos y dejábamos que nuestros músculos reposaran, a la vez cerrábamos los ojos e interrumpíamos los procesos mentales. Y los pensamientos sobrantes producían una serie de descargas eléctricas espontáneas en forma de sueños.

En uno de los libros encontré algo interesante. El autor decía que el ser humano, por naturaleza, no podía escapar a una serie de

propensiones individuales, fijas, tanto en lo que se refería al pensamiento como al movimiento físico. El hombre, de modo inconsciente, establecía unas inercias propias en cuanto a la acción y al pensamiento y, una vez establecidas, esas inercias no desaparecían a no ser que ocurriera algo excepcional. En definitiva, que el ser humano vivía encerrado en la jaula de sus propias inercias. Y era justamente la unilateralidad de esas propensiones — según el autor, parecida al desgaste de un solo lado del tacón de los zapatos— lo que el sueño neutralizaba. Es decir, que el sueño compensaba esta unilateralidad, la subsanaba.





Durante el sueño, el ser humano desentumecía de forma espontánea los músculos que tenía propensión a usar de un modo único, descongestionaba los circuitos de pensamiento que usaba de un modo único y, además, producía descargas eléctricas. Así se producía un enfriamiento. Dormir era un acto inevitable programado por ese sistema que era el ser humano. Nadie podía desmarcarse. En caso de que lo hiciera, la existencia misma del ser en cuestión perdería su propio fundamento. Eso era lo que afirmaba el autor.

«¿Propensiones?», pensé.

Lo único que se me ocurría a mí al oír la palabra «propensiones» eran las tareas del hogar. Las diversas labores domésticas que realizaba de un modo maquinal, desprovisto de sentimiento. La cocina, la compra, la colada, el cuidado de mi hijo: ahí no había más que propensiones. Podía realizarlas con los ojos cerrados. Porque no eran más que simples inercias. Pulsar un botón, levantar una palanca. Al obrar de ese modo, la realidad iba fluyendo rápidamente hacia delante. Siempre los mismos gestos: propensiones en estado puro. Yo me iba consumiendo por inercia, igual que el tacón de un zapato se va gastando por el mismo lado, y, para subsanarlo, para enfriarme, necesitaba el sueño diario.

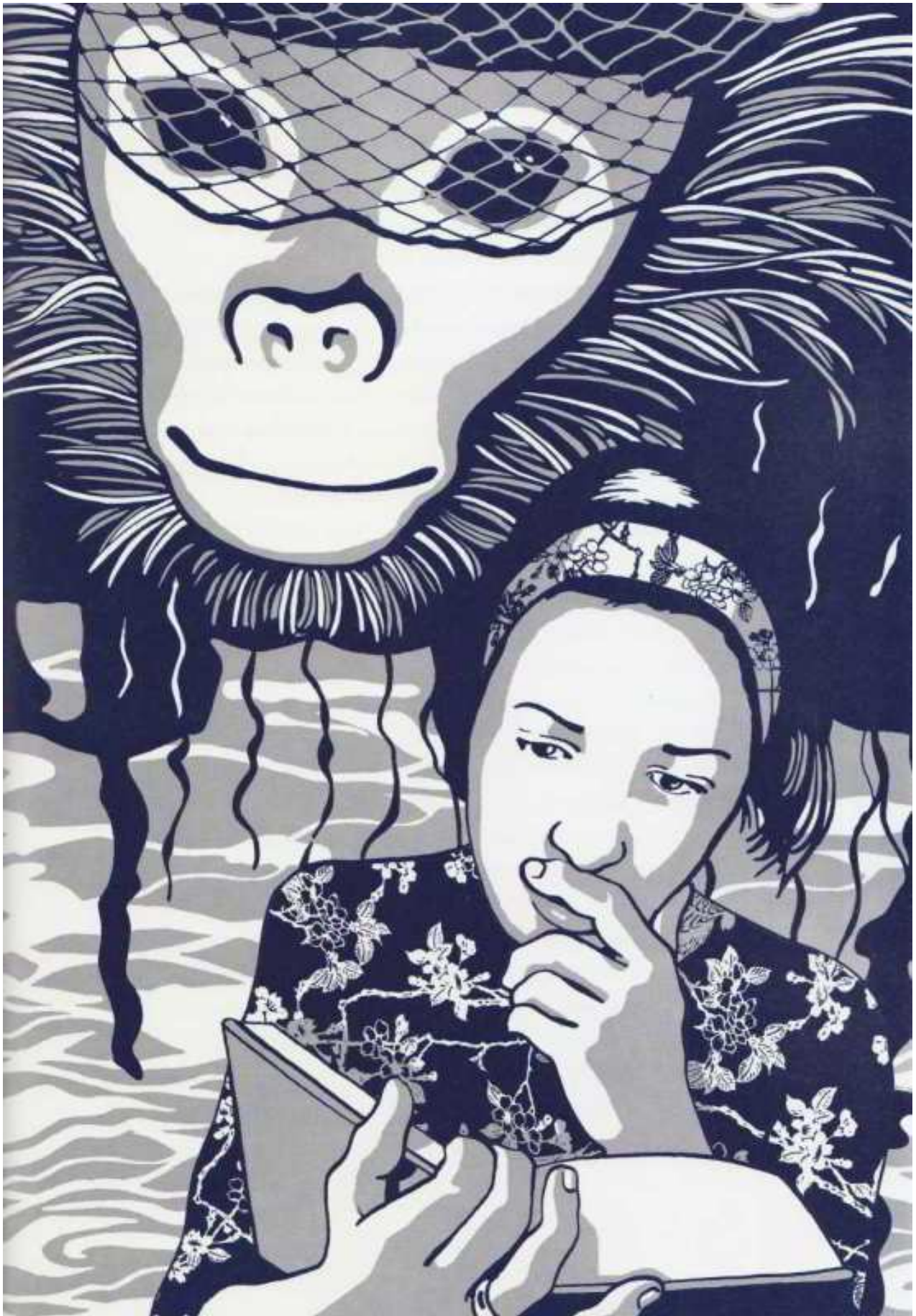
¿Se trataba de eso?

Releí el párrafo con gran atención. Asentí con un movimiento de cabeza. Sí, probablemente se trataba de eso.

¿Qué era, entonces, mi vida? Ir consumiéndome en mis propias inercias e ir durmiendo para contrarrestarlas. Mi vida era una simple reiteración. No iba a ninguna parte.

Ante la mesa de la biblioteca, sacudí la cabeza.

«El sueño no lo necesito», pensé. «Ni que me vuelva loca, ni que pierda ese vital “fundamento de la existencia” por culpa de no dormir. No me importa. Yo no quiero ir consumiéndome en mis inercias. Si el sueño es algo que nos visita regularmente para subsanar ese desgaste unilateral, yo no lo necesito. Tal vez mi cuerpo tenga que consumirse en sus propensiones, pero el espíritu es mío. Y quiero que continúe siendo solo mío. No quiero cedérselo a nadie. No quiero que me subsanen nada. No dormiré.» Con esa resolución, salí de la biblioteca.



5

Así dejó de asustarme el hecho de no poder dormir. No había razón alguna para tener miedo. «¿Y por qué no me lo tomo de un modo más positivo?», pensé. «Porque estoy ampliando mi vida.» Las horas que iban de las diez de la noche a las seis de la mañana eran solo mías. Hasta entonces, el sueño —aquello que llamaban: «acto de subsanación para el enfriamiento»— me había ocupado una tercera parte del día. Pero, ahora, ese tiempo era mío. De nadie más. Solo mío. Y yo podía utilizarlo a mi antojo. Sin que nadie me molestase, sin que nadie me pidiese nada. Sí. Mi vida se había ampliado. Yo estaba ampliando mi vida en una tercera parte.

Quizá me digas que, desde un punto de vista biológico, eso es una anomalía. Probablemente tengas razón. Y es posible que, más adelante, deba pagar la deuda que implica persistir en esta anomalía. Quizá la vida quiera recobrar esta parte ampliada —es decir, la que he tomado con antelación—. Es una hipótesis sin base alguna, pero tampoco hay ningún fundamento para rechazarla y, además, a la idea no le falta lógica. Se trataría, en definitiva, de que cuadrara el balance entre el tiempo prestado y el restituido.

Pero, a decir verdad, eso ya había dejado de importarme. Aunque tuviera que morir pronto, me daba lo mismo. Bastaba con que me dejaran recorrer a gusto aquel camino acorde con mis hipótesis. Al menos estaba ampliando mi vida. Era algo maravilloso. Y a la vista tenía el resultado. La sensación real de estar allí, viva, sin consumirme. Yo no me consumía. Como mínimo, allí estaba la parte propia que no se consumía. Y, precisamente por eso, tenía la

sensación real de que vivía. «Una vida desprovista de la sensación real de que estás viviendo, por más que se prolongue, no tiene ningún sentido», me dije. «Ahora lo veo con total claridad.»

Cuando tenía la certeza de que mi marido se había dormido, me sentaba en el sofá del cuarto de estar, me tomaba un coñac a solas, abría el libro. Durante la primera semana, leí *Anna Karénina* tres veces seguidas. Cuanto más la releía, más cosas nuevas descubría. Aquella extensa novela estaba llena a rebosar de descubrimientos diversos, de enigmas distintos. Igual que en una caja bellamente labrada, dentro de un mundo existía otro mundo más pequeño y, dentro de ese mundo más pequeño, otro mundo más pequeño todavía. Y la suma de todos aquellos mundos constituía un universo compuesto. Y aquel universo había estado siempre allí, esperando a ser descubierto por los lectores. Mi yo de antes solo había podido comprender una mínima parte, pero mi yo de ahora era capaz de desentrañar el sentido más oculto de la obra. Qué había querido decir Tolstoi en un pasaje, qué esperaba que leyeran los lectores entre líneas, cómo cristalizaba el mensaje en forma de novela, en qué aspecto la obra había llegado a sobrepasar al mismo Tolstoi. Yo era capaz de percibirlo de un modo diáfano.

Por más que me concentrase, no me cansaba. Tras leer y releer *Anna Karénina* hasta la saciedad, pasé a Dostoievski. Podía leer tanto como quisiera. Por más tiempo que me concentrara, no experimentaba cansancio. Era capaz de entender sin dificultad cualquier pasaje por más complejo que fuese. Y me embargaba una profunda emoción.

Me decía que así era como debía haber sido siempre. Al abandonar el sueño había ampliado mi vida. «La fuerza de concentración es lo más importante», pensaba. «Una vida sin fuerza de concentración es como estar solo con los ojos abiertos sin mirar nada.»

Pronto se me acabó el coñac. Me había bebido casi una botella entera. Fui a unos grandes almacenes y compré allí otra botella igual de Rémy Martin. Después compré una copa de brandy de cristal de primera calidad. También compré chocolate y galletas.

A veces, mientras leía, era presa de una gran excitación. En esas ocasiones, dejaba de leer y me movía por la casa. Hacía flexiones o recorría, sin más, el interior del piso. Cuando me apetecía, salía a dar un paseo nocturno. Me cambiaba de ropa, sacaba el Civic del garaje y circulaba sin rumbo por el barrio. Alguna vez había entrado en uno de esos restaurantes que siguen abiertos toda la noche a tomar un café, pero, como me daba pereza ver a la gente, solía permanecer todo el rato dentro del coche. A veces lo detenía en algún paraje que no parecía peligroso y me quedaba pensando, distraída. Otras, iba hasta el puerto y permanecía un rato contemplando los barcos.

Una sola vez se me acercó un policía y me hizo algunas de las preguntas de rigor. Eran las dos y media de la madrugada, había detenido el coche bajo una farola cerca del muelle y contemplaba las luces de los barcos mientras escuchaba música por la radio. El policía golpeó el cristal de la ventanilla con los nudillos. Bajé el cristal. Era un policía joven. Guapo y educado. Le expliqué que no podía dormir. Me pidió el carnet de conducir y se lo mostré. Estuvo examinándolo unos instantes.

—El mes pasado hubo un asesinato aquí —me dijo—. Tres hombres jóvenes asaltaron a una pareja, asesinaron al hombre y violaron a la mujer.

Ya había oído hablar del incidente. Asentí con un movimiento de cabeza.

—De modo, señora, que es mejor que no ronde por estos parajes, sola y de madrugada. A estas horas es peligroso.

—Gracias. Ya me voy —le dije.

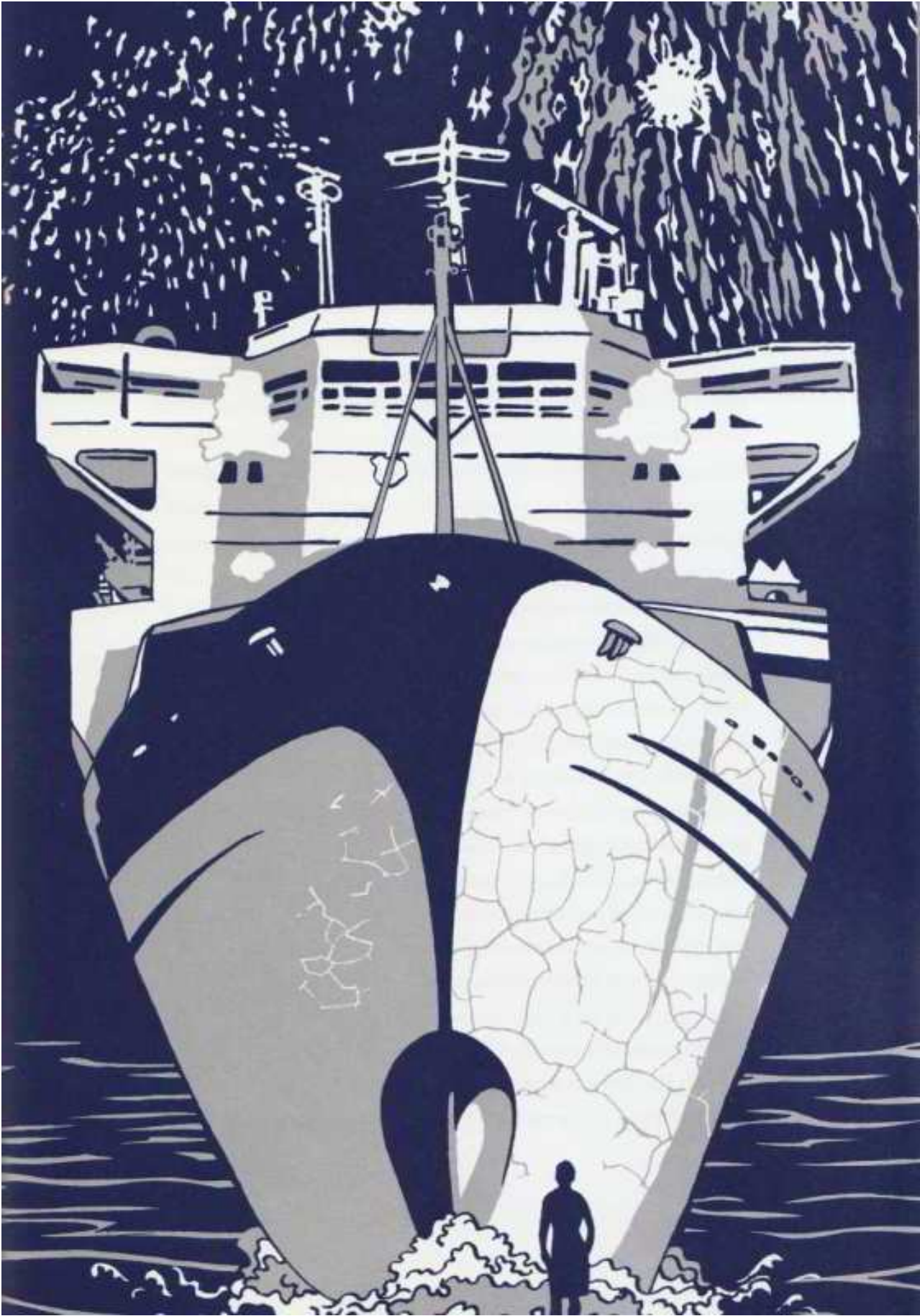
Me devolvió el carnet de conducir. Puse el coche en marcha.

Fue la única vez que alguien me dirigió la palabra. Normalmente, circulaba por las calles durante una hora o dos sin que nadie me molestara. Después, metía el coche en el garaje, al lado del Nissan Bluebird blanco de mi esposo, que permanecía silenciosamente dormido en la oscuridad. Luego, aguzaba el oído a los ruiditos que hacía el motor mientras se iba enfriando. Cuando enmudecía, salía del coche y subía al piso.

Lo primero que hacía al llegar era ir al dormitorio a asegurarme de que mi marido seguía durmiendo sin novedad. Siempre estaba dormido. Luego iba a la habitación de mi hijo. También él dormía profundamente. Ellos no sabían nada. Estaban convencidos de que el mundo seguía funcionando como siempre, de que no se había producido transformación alguna. Pero no era así. El mundo había

ido cambiando deprisa sin que ellos lo notaran. Había cambiado tanto que ya no había vuelta atrás.

Una noche me quedé mirando fijamente el rostro dormido de mi marido. Había oído un fuerte ruido en el dormitorio y había ido corriendo a mirar. El despertador se había caído al suelo. Quizá mi marido, moviéndose mientras soñaba, lo había tirado. A pesar de eso, seguía durmiendo profundamente, como si nada hubiera pasado. ¡Uff! ¿Qué haría falta para despertar a ese hombre? Recogí el despertador y lo puse en la cabecera. Luego me crucé de brazos y le clavé la mirada en el rostro. Hacía mucho tiempo que no lo miraba así. ¿Cuántos años haría?



Poco después de casarme, tenía la costumbre de contemplar su rostro dormido. Solo con mirarlo me sentía segura y tranquila. Pensaba que, mientras su sueño fuera tan apacible, a mí no me podía ocurrir nada. Estaba protegida y a salvo. Por eso, tiempo atrás, me gustaba tanto contemplar su rostro después de que él conciliara el sueño.

Pero, a partir de un cierto día, había dejado de hacerlo. ¿Cuándo había sido? Intenté recordarlo. Quizá hubiera sido a raíz de la discusión que mantuve con la madre de mi marido por el nombre que íbamos a ponerle a mi hijo. La madre de mi marido era muy creyente y pretendía elegir el nombre de manera acorde a sus creencias religiosas. No recuerdo cuál habían elegido, pero yo no estaba dispuesta a que ellos decidieran algo así. De modo que tuve una terrible trifulca con mi suegra. Pero mi marido no abrió la boca. Se limitó a permanecer a un lado tratando de apaciguarnos.

En aquel instante dejé de sentir que mi marido me protegía. No. Él no me había defendido. Me enfadé muchísimo. Claro que ese episodio pertenecía al pasado. Mi suegra y yo hicimos las paces. A mi hijo le puse el nombre que quise. Y mi marido y yo nos reconciamos enseguida.

Pero creo que fue a raíz de aquello que dejé de contemplarlo cuando estaba dormido.

Plantada allí, me quedé observando su rostro dormido. Su sueño era tan profundo como siempre. Por la orilla de la colcha asomaba un pie desnudo formando un ángulo extraño. Aquel ángulo casi hacía pensar que el pie pertenecía a otra persona. El pie era grande

y rígido. Mi marido entreabría una boca grande, el labio inferior le colgaba con lasitud y, de vez en cuando, se le estremecían las aletas de la nariz. El lunar de debajo del ojo me pareció desmesuradamente grande y vulgar. Tampoco mostraba elegancia alguna en la manera de cerrar los ojos. Los párpados eran flácidos, parecían coberturas de carne descolorida. «¡Duerme como un imbécil!», pensé. «A eso lo llaman dormir como un bendito. ¡Qué cara tan fea tiene mientras duerme! Horrible. Antes era distinto, seguro. Cuando nos casamos, su cara no era tan blanda. Aunque durmiera tan profundamente como ahora, entonces no tenía un aire tan derrotado.»

Intenté recordar qué cara ponía antes mi marido mientras dormía. Pero, por más que me esforzaba, no lo conseguía. Lo único que recordaba era que, entonces, su rostro no era tan deplorable. ¿O quizá fuera solo la impresión que me daba a mí? Quizá su rostro, durante el sueño, no hubiera cambiado un ápice. Quizá solo fueran mis ojos los que lo veían distinto. Sabía lo que diría mi madre en esos momentos. Era su teoría favorita: «Cuando te casas, la bobería te dura, a lo sumo, dos o tres años». Siempre lo repetía. Seguro que me habría dicho: «Tú lo encontrabas mono porque estabas enamorada».

Pero yo estaba convencida de que no era así. Mi marido se había vuelto feo. Su cara había perdido firmeza. Quizá se debiera a la edad. Mi marido había envejecido, y estaba cansado. Se había ido consumiendo. Y en el futuro, sin duda, seguiría afeándose todavía más. Y yo tendría que soportarlo.

Suspiré. Lancé un suspiro muy hondo, pero no hace falta decir que mi marido no hizo el menor movimiento. Por un simple suspiro no iba a despertarse, claro.

Salí del dormitorio, regresé al cuarto de estar. Volví a beber coñac, leí. Pero había algo que me inquietaba. Dejé el libro y fui a la habitación de mi hijo. Abrí la puerta y, a la luz del pasillo, miré con fijeza el rostro del niño. Su sueño era tan pesado como el de mi marido. Como siempre. Permanecí unos instantes observando su rostro dormido. La piel de su cara era muy tersa. Muy distinta, como es natural, a la de mi marido. Todavía era un niño. Su piel era lustrosa y brillante, sin trazas de vulgaridad.

Pero en su cara había algo que me irritaba. Era la primera vez que abrigaba un sentimiento semejante hacia él. ¿Qué era lo que me producía esa irritación? Allí, de pie, crucé los brazos. Quería a mi hijo, por supuesto. Lo quería muchísimo. Pero no podía negar que allí había algo que me exasperaba.

Sacudí la cabeza.

Permanecí unos instantes con los ojos cerrados. Los abrí, volví a mirar a mi hijo. Y descubrí qué era lo que me irritaba tanto. El rostro de mi hijo era idéntico al de su padre. Y sus rostros eran idénticos al de mi suegra. Gente terca y satisfecha de sí misma. Lo llevaban en la sangre. Yo detestaba la arrogancia de mi familia política. Era cierto que mi marido se portaba bien conmigo. Era cariñoso, se preocupaba por mí. Jamás me había sido infiel, trabajaba mucho. Era serio y se mostraba amable con todo el mundo. Todos mis amigos coincidían en proclamar lo buena persona que era, que no

había otro como él. Sí, no podía proferir la mínima queja. Pero el hecho de que no tuviera defectos, a veces, me irritaba. Porque esta perfección escondía cierta falta de imaginación, una extraña rigidez. Y esto a mí me sacaba de quicio.



Acababa de descubrir la misma expresión en el rostro de mi hijo dormido.

Volví a sacudir la cabeza. «En definitiva, es un extraño», pensé. «Cuando crezca, mi hijo no me comprenderá en absoluto. Igual que mi marido ahora, que apenas comprende cómo me siento.»

Amaba a mi hijo. Sobre eso no cabía la menor duda. Pero tuve el presentimiento de que, en el futuro, ya no sería capaz de amarlo con la misma intensidad. Era una idea impropia de una madre. La mayoría de madres no piensan jamás en esos términos. Pero lo sabía. Sabía que yo, algún día, desprendería a aquel niño. Eso pensé. Lo pensé mientras miraba su cara dormida.

Al pensarlo, me entristecí. Cerré la puerta de su habitación y apagué la luz del pasillo. Me senté en el sofá del cuarto de estar, abrí el libro. Tras leer algunas páginas, lo cerré. Miré el reloj. Faltaba un poco para las tres.

Me pregunté cuántos días llevaba sin dormir. El primer día en que no había podido conciliar el sueño había sido un martes, dos semanas atrás. Es decir que hacía diecisiete días justos. Durante esos diecisiete días no había pegado ojo. Eran diecisiete días y diecisiete noches. Un tiempo muy largo. Ya casi no recordaba en qué consistía dormir.

Cerré los ojos. Y traté de evocar la sensación del sueño. Pero allí solo existían unas tinieblas despiertas. Unas tinieblas despiertas... Esas palabras me recordaron la muerte.

«¿Voy a morir?», pensé.

«Si muriera, ahora, sin más, ¿qué habría sido mi vida?» Pero eso, por supuesto, lo ignoraba.

«Entonces, ¿qué es la muerte?», me pregunté.

Hasta aquel instante, yo siempre había concebido el sueño como una especie de arquetipo de la muerte. Es decir, que imaginaba la muerte como una extensión del sueño. La muerte, en definitiva, vendría a ser como un sueño, pero en un estado de inconsciencia mucho más profundo que el del sueño normal... Un reposo eterno, un apagamiento definitivo. Eso es lo que yo siempre había creído.

Pero, de repente, pensé que tal vez no fuera así. ¿No pertenecería la muerte a una categoría totalmente distinta a la del sueño? ¿No se parecería, más bien, a aquellas tinieblas despiertas, profundas y sin fin que estaba contemplando entonces? Quizá la muerte consistiera en permanecer eternamente despierta, envuelta en aquella negra oscuridad. «Pero eso sería demasiado cruel», me dije. «Porque, si lo que llamamos muerte no representara un descanso para nosotros, ¿qué salvación tendrían nuestras vidas imperfectas llenas de cansancio? Claro que, a fin de cuentas, nadie sabe en qué consiste la muerte. ¿Quién la ha visto realmente con sus propios ojos? Nadie. Todos los que han visto la muerte ahora están muertos. Entre los vivos, nadie sabe cómo es. Son simples conjeturas. Y las conjeturas, sean del tipo que sean, no son más que eso: conjeturas. Eso de que la muerte tenga que ser un reposo tampoco llega a ser ninguna teoría lógica. Eso, hasta que mueras y lo veas, no podrás saberlo. La muerte puede ser cualquier cosa.»

Al pensarlo me invadió, de repente, un profundo terror. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, sentí cómo me ponía rígida. Continuaba con los ojos cerrados. Había perdido el poder de abrirlos. Tenía la vista clavada en las espesas tinieblas que se alzaban ante mí. Las tinieblas eran más profundas que el mismo universo, todavía más desprovistas de esperanza. Yo estaba sola. Mi mente se concentraba, expandiéndose. Me daba la sensación de que, de haberlo deseado, habría podido penetrar hasta el extremo más recóndito del universo. Pero no lo hice. «Aún es demasiado pronto», me dije.

Si la muerte fuera así, ¿qué tendría que hacer yo? Si la muerte consiste en permanecer eternamente despierta con los ojos así clavados en las tinieblas, ¿qué tengo que hacer?

Al fin, abrí los ojos y me bebí de un trago el coñac que quedaba en la copa.

6

Me quito el pijama y me pongo unos vaqueros, una camiseta y, por encima, una chaqueta de abrigo. Me recojo el pelo en una coleta baja, escondo la coleta debajo de la chaqueta y me cubro la cabeza con una gorra de béisbol de mi marido. Me miro al espejo: parezco un muchacho. Perfecto. Después me pongo unas zapatillas de deporte y bajo al garaje, al sótano.

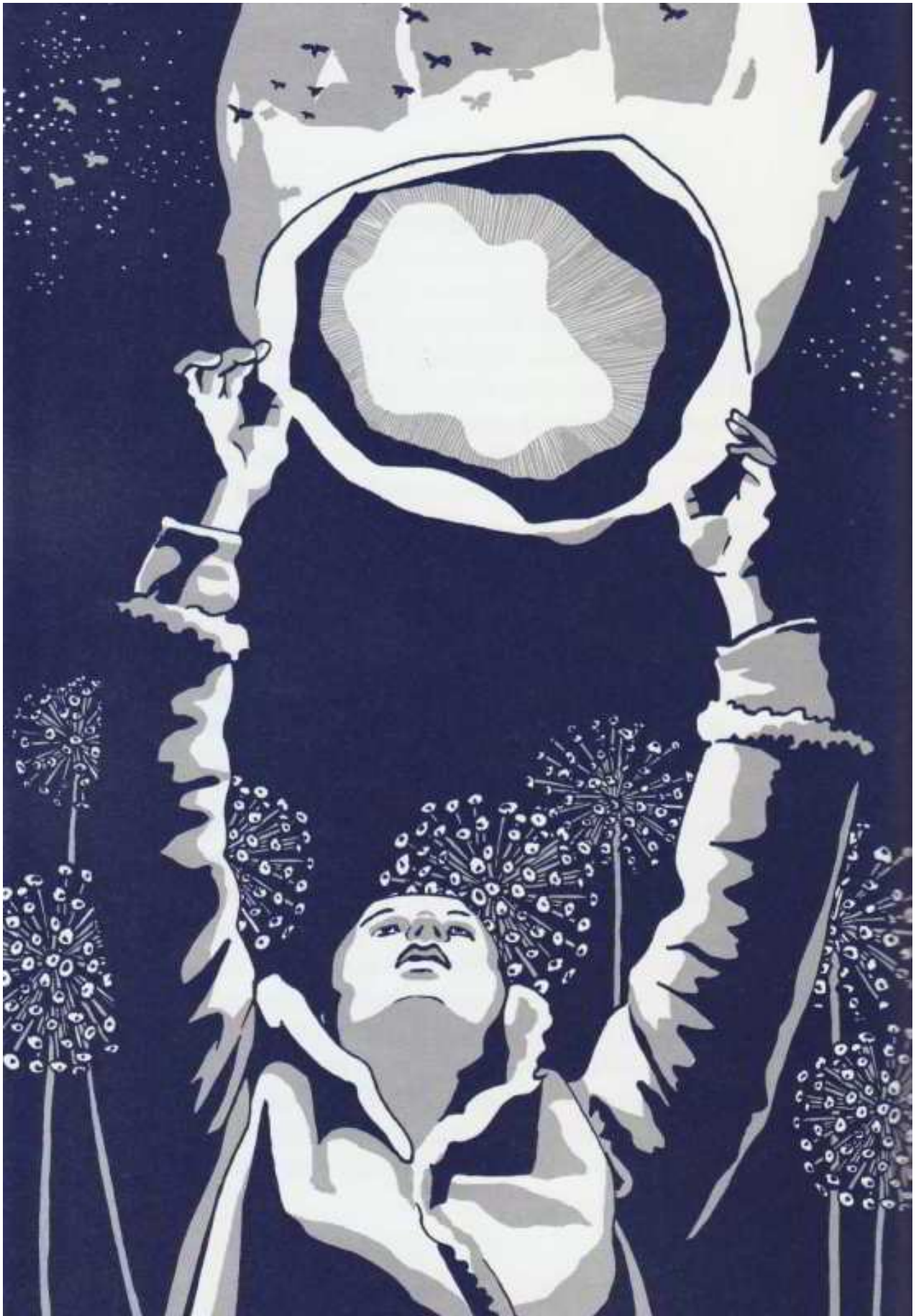
Subo al Civic, doy vuelta a la llave de contacto, pongo el motor en marcha. Aplico el oído al runrún del motor. El mismo ruido de siempre. Con las manos en el volante, respiro hondo unas cuantas veces. Después pongo primera y salgo del edificio. Diría que el coche va más ligero que de costumbre. Es como si se deslizara sobre hielo. Cambio de velocidad con gran precaución, atravieso la ciudad y salgo a la carretera general que lleva a Yokohama.

Aunque son más o menos las tres de la mañana, no es poco el tráfico. Gigantescos camiones de transporte de larga distancia hacen temblar el pavimento avanzando de oeste a este. Ellos no duermen. Para mejorar el rendimiento, duermen de día y trabajan de noche.

Pienso que yo podría trabajar día y noche. Yo no necesito dormir.

Puede que sea una anomalía desde el punto de vista biológico. Pero ¿quién diablos sabe algo de biología? Lo que se considera normal desde la perspectiva biológica no es, en definitiva, más que una

serie de inducciones empíricas. Y yo estoy más allá de esas inducciones. ¿No se me podría considerar, por ejemplo, un espécimen apriorístico de un gran salto evolutivo? La mujer que no duerme. La expansión de la conciencia.



Se me escapa una sonrisa.

Un espécimen apriorístico de un gran salto evolutivo.

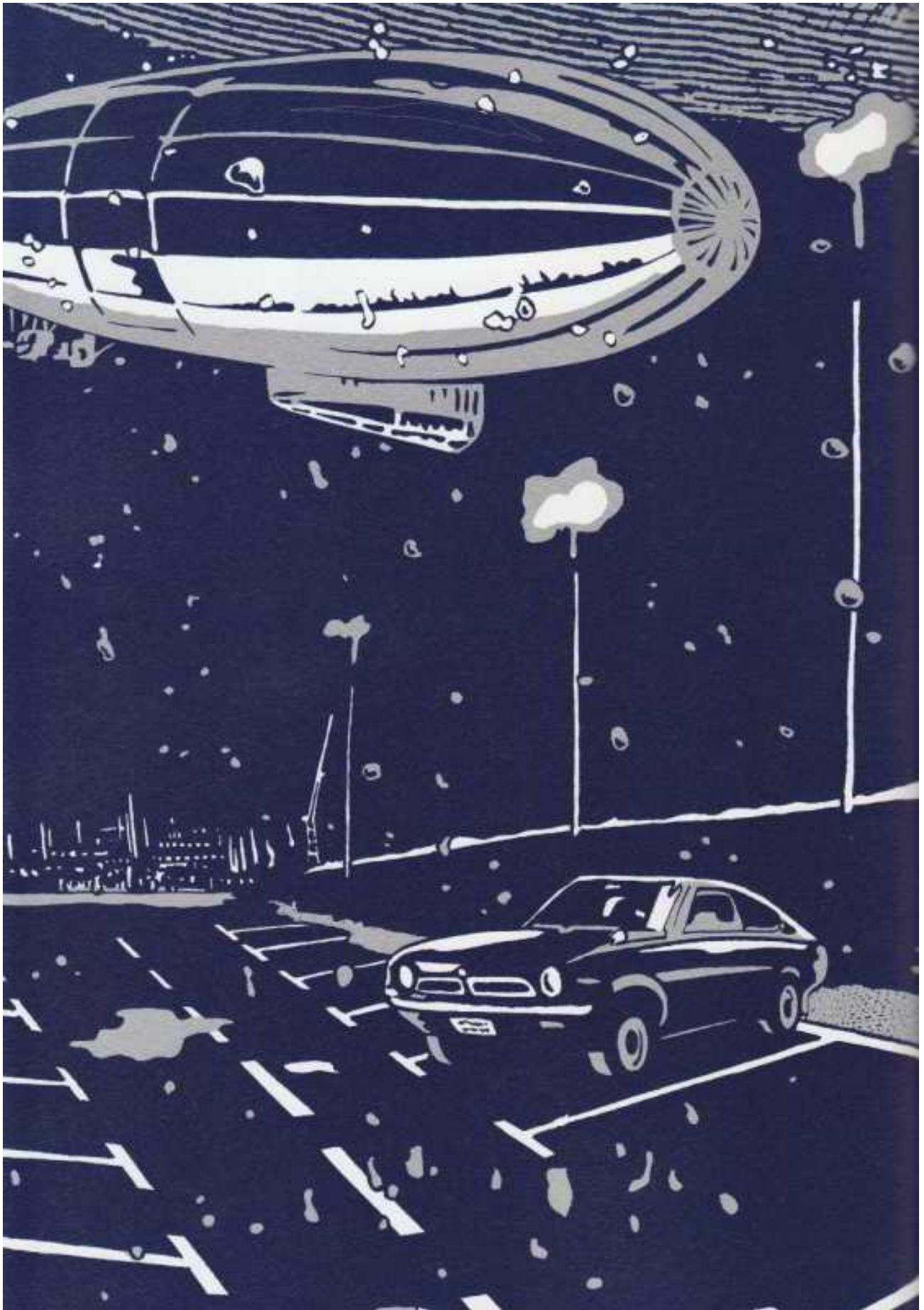
Voy hacia el puerto mientras escucho música por la radio. Quiero escuchar música clásica, pero no he encontrado ninguna cadena que ponga música clásica de madrugada. He sintonizado varias emisoras, pero no había más que estúpido rock en japonés. Pegajosas canciones de amor, de las que te producen desazón. No he tenido más remedio que conformarme con eso. Me transportan a un lugar remoto. Estoy a años luz de Mozart y Haydn.

Detengo el coche en el gran estacionamiento de un parque delimitado por una línea blanca y apago el motor. Elijo el lugar más solitario, bajo la farola de luz más brillante. En el aparcamiento hay un solo coche. Uno de esos coches que les gustan a los jóvenes. Un cupé de color blanco. De un viejo modelo. Tal vez sea una pareja. No deben de tener dinero para ir a un hotel y están haciendo el amor en el coche. A fin de evitar problemas, me caló más la gorra e intento ocultar que soy una mujer. Me cercioro una vez más de que las portezuelas del coche tienen el seguro puesto.

Distraída, recorro los alrededores con la mirada. De pronto me viene a la cabeza cómo, en el primer año de universidad, fui a dar una vuelta en coche con un novio de entonces y cómo nos besuqueamos dentro del coche. Él no podía detenerse a medias y me pidió que le dejara penetrarme. Yo le dije que no podía ser. Con ambas manos sobre el volante, mientras escucho la música, intento recordar aquel día. Pero no consigo recordar bien el rostro de

aquel chico. Me da la sensación de que todo pertenece a un pasado terriblemente remoto, tanto que parece absurdo.

Siento cómo los recuerdos de antes de que dejara de poder dormir van alejándose con gran celeridad. Es una sensación muy extraña. Parece que el yo que dormía todos los días cuando llegaba la noche no fuese mi yo verdadero y que los recuerdos de aquella época no fueran tampoco mis verdaderos recuerdos. Me digo a mí misma que es así como las personas cambian. Pero estos cambios nadie los conoce. Nadie se da cuenta. Solo yo. Aunque se lo explicara a alguien, nadie lo entendería. Nadie me creería. Y, aun suponiendo que alguien me creyera, estoy segura de que no sería capaz de entender con exactitud lo que siento. Solo me vería como una amenaza a su mundo de inducciones.



Pero yo estoy cambiando realmente.

No sé cuánto tiempo permanecí allí. Las dos manos sobre el volante, inmóvil, los ojos cerrados. Contemplando aquellas tinieblas sin sueño.

Entonces, unos signos de presencia humana me devuelven de golpe a realidad. Hay alguien cerca. Abro los ojos, miro a mi alrededor. Fuera del coche hay alguien. Intentan abrir las puertas. Pero las portezuelas tienen el seguro puesto. Hay dos sombras negras a ambos lados del coche. Una junto a la puerta derecha; la otra, junto a la izquierda. No se les ve el rostro. Ni se distingue su ropa. Solo son sombras negras que están allí de pie.

Flanqueado por las dos sombras, mi Civic se ve diminuto. Parece una caja de pasteles. Siento cómo lo zarandean de izquierda a derecha. Golpean el cristal de la ventanilla de la derecha con una barra. Sé que no es la policía. La policía no daría estos golpes. Ni se dedicaría a zarandear el coche. Contengo el aliento. ¿Qué debo hacer? Me siento terriblemente confusa. El sudor me empapa las axilas. Tengo que sacar el coche de aquí. La llave. Debo girar la llave. Alargo el brazo, agarro la llave, le doy vuelta hacia la derecha. Se oye cómo el motor de arranque empieza a rechinar.

Pero el motor no se enciende.

Me tiemblan los dedos. Con los ojos cerrados, despacio, giro de nuevo la llave. Pero es inútil. Sólo produce ruidos secos, como si arañara un muro gigantesco. El motor da vueltas y vueltas sobre el

mismo punto. Y esos hombres... Las sombras siguen zarandeando el coche. Las sacudidas son cada vez más violentas. Quizá quieran volcarlo.

Hay algún error. Me digo que, si pienso con calma, todo irá bien. Piensa. Con calma. Despacio. Piensa. Hay algún error.

Hay algún error.

Pero desconozco qué error puede haber. Mi cabeza está llena de densas tinieblas que no me conducen a ninguna parte. Mi mano sigue temblando violentamente. Saco la llave e intento introducirla de nuevo en el contacto. Mis dedos tiemblan tanto que no acierto a meterla. Cuando intento de nuevo, la llave se me cae. Trato de inclinarme y recogerla. No puedo. Sacuden el coche con demasiada violencia. Al intentar agacharme, me golpeo la frente con el volante.



Resignada, me reclino en el asiento, me cubro el rostro con ambas manos. Llora. Lo único que puedo hacer es llorar. Las lágrimas van aflorando, una tras otra. Estoy sola, encerrada en esta pequeña caja: no puedo ir a ninguna parte. Esta es la hora en la que la noche es más profunda, y unos hombres zarandean mi coche sin parar. Se disponen a volcarlo.

Fin